Nuestras propias historias

# Relatos de terror I









# Relatos de terror

# I

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**
Lenín Moreno Garcés

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**
Milton Luna Tamayo

**VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN**
Alfredo Astorga Bastidas

**VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA**
Francisco Cevallos Tejada

**SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR**
Diego Paz Enríquez

**DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)**
Laura Barba Miranda

**EQUIPO TÉCNICO**
**Coordinación editorial:** Verónica Vacas Andrade
**Consejo editorial:** Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

**EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**
Medios Públicos - EP

**IMPRESIÓN**
Medios Públicos - EP

**ISBN:** 978-9942-22-358-6



**Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador**

**www.educacion.gob.ec**



## Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN










***Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.***

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

# Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

# Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

**LUIS ZÚÑIGA**
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

# Índice

La mujer sin cabeza — 11
**DAYRA YAJAIRA CHAMBA**

La mejor amiga — 13
**CARLA NICOL TOAPANTA**

En la oscuridad de la noche — 16
**DAYANNE PARRA**

Los brujos — 20
**DIEGO LUCAS**

El hombre que no tenía miedo — 22
**CLARITA MIREYA PEÑA**

El minero — 25
**SARA PACHECO**

Placa honorífica — 31
**JORGE OSWALDO ROSARIO**

Ángel Putrefacto — 35
**JEFFERSON BOLÍVAR VÁSQUEZ**

El fantasma del trapiche — 42
**NELLY JANETH VERDEZOTO**

Pelea con el diablo — 46
**LIZETH CAROLINA MANOSALVAS**

La caseta misteriosa del perro — 49
**ANTONY DAVID COYAGO**

El puente de los lamentos — 52
**AYLEN TOVAR**

El potrero de la muerte — 56
**GASTÓN RICARDO MOLINA**

La casa de mi abuelo 61
**STEVEN PAÚL DUCHI**

El cojo endemoniado 65
**MARCOS ANTONIO GUERRERO**

Misterios 68
**CARMEN EDELMIRA**

El misterio del lago 72
**JACKSON ROBERTO HOLGUÍN**

La niña María 75
**ERIKA JESSENIA GAVILANES**

Una noche con el diablo 78
**JEAN SEBASTIÁN LUNA**

El espejo 82
**VÍCTOR MANUEL BURGOS**

La bota proterva de Navidad 87
**MARÍA EUGENIA TORRES**

Once 90
**JHÁCOMO FERNANDO SANTÍN**

Mi desgracia 96
**KATHERINE JOHANNA VILLARREAL**

Muñeca vudú 100
**CRISTINA ESTEFANÍA MONTESDEOCA**

Lucas, el hombre imaginario 103
**NATALIA MORELIA ZURITA**

El síndrome 106
**WASHINGTON ROMERO**

**DAYRA YAJAIRA CHAMBA**
nació en El Chical, Carchi, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es jugar fútbol.

# La mujer sin cabeza

Una noche, una pareja de recién casados estaba durmiendo y, a la media noche, la mujer tuvo ganas de beber agua. Entonces, le pidió a su esposo que le trajera un vaso, pero él estaba profundamente dormido y no se levantó. Ella le insistió un rato, pero pronto dejó de hablarle.

El hombre, con un poco de remordimiento, pensó que su esposa estaba enojada, así que quiso acariciarle la cara, pero no la encontraba. Su cuerpo seguía ahí, pero no podía encontrar su rostro, así que asustado decidió encender las



luces. Iluminada la habitación, encontró el cuerpo, pero no la cabeza de su esposa.

Corrió a la cocina y allí vio a la cabeza bebiendo agua. Desde ese momento, el hombre cargaba en su hombro la cabeza de su mujer y él hacía lo que ella decía. Él ya no podía comer, ni beber, ni ir a ningún lugar. Así, él se fue adelgazando cada vez más y más.

Un día, iban caminando por el campo y encontraron un árbol que tenía una naranja bien amarilla. La mujer tuvo ganas de comérsela, así que el hombre bajó la cabeza de su esposa, para subir al naranjo. En ese instante, pasó por ahí un ciervo y ella decidió subirse en el animal, porque pensaba que su marido la estaba abandonando. De pronto, el ciervo empezó a correr dejos de allí y ella perdió a su marido para siempre. Desde ese día, ella va errante en busca de su amor. Muchas personas dicen haber visto la cabeza rodando por el campo.

**CARLA NICOL TOAPANTA**
nació en Baeza, Napo, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad educativa El Chaco. Su actividad favorita es leer.

# La mejor amiga

Ana vivía con su papá en un pueblo, afuera de la cuidad, lejos de la universidad en la que iría a estudiar. Ella debía salir temprano para llegar puntual a clases, sobre todo, en su primer día. Estaba muy ansiosa por llegar, porque conocería nuevas personas y obtendría una carrera para tener un futuro mejor.

Cuando Ana llegó a la universidad, estaba muy nerviosa de entrar a su salón; se sentía rara, no conocía a nadie y todo era nuevo. Se sentó en la clase y pronto conoció a Sofía; conversaron y se cayeron muy bien. Se volvieron mejores



amigas, pero Ana no sabía que su nueva amiga ocultaba un gran secreto.

Los días pasaron y las mejores amigas se ayudaban en todo. Pero, un día, Ana le propuso que le acompañara a la iglesia a orar por su mamá, que había fallecido hace unos pocos años, y Sofía se negó, ni siquiera quiso darle una razón. Ella se sintió muy mal, porque su mejor amiga no quiso acompañarla a la iglesia y no sabía el porqué… De todas maneras, decidió no darle mucha importancia y seguir normalmente.

Una mañana, Ana fue a ver a su papá en el cuarto y lo encontró muerto. En el espejo decía escrito con sangre: “Después vendré por ti”. Ella estaba completamente devastada, sintió un escalofrío por todo su cuerpo y no entendía lo que sucedía, pero sabía que, desde ese momento, estaba sola y que debía aprender a vivir sin sus padres.

Pocos días después, empezó a darse cuenta de que Sofía tenía un comportamiento extraño, que la inquietaba. Ana soñó que su mejor amiga iba a visitarla a su casa, pero no estaba sola, sino con varias personas desconocidas, sintió que iban a matarla y despertó muy asustada. Llamó a Sofía para contarle su sueño y ella solo rio. Ana tenía una consideración absoluta por Sofía, pero ella no la veía como su mejor amiga sino como algo más. Tenía un plan siniestro.

Una tarde, Ana invitó a Sofía a su casa. Hicieron algo de comer, pero su amiga se acababa muy rápido la comida y se repetía todo varias veces. Ella estaba muy asombrada al verla cómo comía. Cuando llegó la noche, Sofía cambió, era un esqueleto sentado en una silla… Ana se asustó y quiso salir de ahí, pero la puerta no se abría, así que corrió a su cuarto. Vio cómo una sombra negra se acercaba, ella desesperada gritaba y rezaba, pero la sombra no se iba. Todo empezó a moverse y en la pared decía: "Llegó tu hora". Sofía no era una persona, era el mismísimo diablo, que quería llevársela al inframundo. Aunque no le había sido fácil, había llegado el momento de llevarse a Ana. Ella gritó desesperadamente y vio que la sombra negra se convertía en Sofía, entonces le pidió que no le hiciera daño. El diablo decidió no arrebatarle la vida, pero le dejó en claro que, cada vez que tuviera una mejor amiga, vendría por ella.




**DAYANNE PARRA**
nació en Colombia,
en 1985. Estudia en
el Módulo 4 de la
Campaña Todos ABC
de la Unidad Educativa
Monseñor Leonidas
Proaño. Sus actividades
favoritas son dibujar y
escribir.

# En la oscuridad de la noche

Esto es lo que me sucedió en un paseo con amigos a Mindo, un poblado ecuatoriano, famoso por los deportes extremos que se realizan allí y por ser una reserva ecológica. Personas de todos los países visitan Mindo y, en el lugar donde nos hospedamos, conocimos a una pareja de búlgaros, muy formales y divertidos. No dominaban nuestro idioma, pero se hacían entender con señas y las pocas palabras que sabían en español.

Al siguiente día, muy en la mañana, organizamos una caminata con ellos y nos adentramos en la selva, para admirar las bellezas de la naturaleza. Fue tan grata la experiencia, que no contemplamos el hecho de vernos perseguidos por la oscuridad de la noche. Por fortuna, íbamos equipados con víveres, vestimenta y provisiones, así que decidimos acampar en ese lugar. Acomodamos todo e hicimos una fogata, para ver pasar la noche alrededor de ella hasta que nos cogiera el sueño.

Estábamos hablando con los europeos sobre el conflicto con los grupos terroristas de Medio Oriente, cuando escuchamos una risa a lo lejos del campamento. La sorpresa nos mantuvo en silencio unos cuantos minutos, pero pronto continuamos hablando en voz más baja. Poco después, escuchamos que alguien corría por los arbustos, muy rápido; eran pasos cortos y marcados. Entonces, nos miramos aterrorizados, con los corazones acelerados, unos cerraron sus ojos, mientras otros buscaban de dónde provenían los pasos.

De repente, empezaron a caernos piedras y no sabíamos por qué, si el césped a nuestro alrededor parecía la gramilla de los estadios. Nos tapamos las cabezas para resguardarnos y el ataque paró. Empezamos a gritar en tono amenazante, para mostrar valentía; entonces, avistamos la presencia de pequeñas figuras que se movían con rápidos movimientos, de un lado a otro. No podíamos ver con exactitud sus vestidos ni rasgos físicos, pero concluimos que eran personas pequeñas. Todo fue tan repentino que nos mirábamos confusos, tratando de entender qué estaba sucediendo.

Se nos ocurrió poner música para ahuyentar el temor y evitar seguir escuchando esos sonidos, pero el reproductor de repente se apagó con señal de descarga, aunque se encontraba totalmente cargado. Mis dos amigas y yo empezamos a llorar temerosamente,



a pesar de que nos sentíamos protegidas por las demás personas que se encontraban con nosotras. Decidimos tranquilizarnos y prepararnos por si sucedía algo más, conscientes de que el lugar se prestaba para apariciones.

Luego de un rato, empezamos a cantar y aplaudir, cuando mi amiga vio detrás de uno de los chicos un pequeño rostro, con orejas puntiagudas y ojos brillantes, que llevaba un gorro triangular. Ella se tapó la cara, gritó y lloró desesperadamente. Comenzamos a orar fuertemente y eso nos trajo tranquilidad a todos. Finalmente, cesaron los sustos y decidimos ir a dormir, pero antes nuestra acompañante búlgara pidió que le tomaran una fotografía con la fogata de fondo.

Al amanecer, apenas aclaró el cielo, nos levantamos y vimos que los zapatos y las maletas se encontraban entrelazados con nudos muy finos y duros de deshacer. Sorprendidos y

anonadados, tratamos de desamarrarlos. El impacto fue mayor cuando la búlgara empezó a ojear sus fotos en el móvil; en una de las imágenes, se veía claramente, encima de su hombro derecho, una diminuta hada —con alas y forma de mujer—.

Aún tengo vívidos los sonidos y las imágenes de estos seres. Confieso que siento alegría por haber comprobado su existencia.




**DIEGO LUCAS**
nació en Chone, Manabí, en 1998. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Dr. Gonzalo Abad Grijalva. Sus actividades favoritas son jugar fútbol y caminar por la playa.

# Los brujos

Cuenta la leyenda que había una niña que vivía en el campo y tenía once años. Por las noches, escuchaba que de una olla salían ruidos que la asustaban mucho. Entonces, aterrorizada se refugiaba en su cuarto y se ponía a llorar.

Una tarde, decidió preguntarles a sus padres qué había en esa vieja olla de barro y ellos le contestaron:

—Nada, ¿a qué se debe tu curiosidad?

—Es que esa olla hace muchos ruidos por las noches —confesó la niña tímidamente.



—Pues no debes acercarte nunca más a ella.

Una noche, cuando el viejo reloj marcaba las 12, la niña se despertó por los sonidos de la olla, entonces, decidió ir a investigar. Con valor, fue hasta donde estaba la vasija, pero se llevó una gran sorpresa, ¡sus padres estaban allí! Se ocultó para ver qué hacían: ellos se retiraron la piel de sus cuerpos, tomaron una escoba y salieron volando por la ventana. Al acercarse a la olla de barro, pudo ver piel y esqueletos humanos dentro.

Después de horas, sus padres regresaron y habían vuelto a ser los mismos de siempre; pero ella, con desconfianza y miedo, les pidió explicaciones. Ellos tuvieron que confesar que eran brujos y que, cuando ella cumpla la mayoría de edad, también se convertiría en una, pero debía guardar el secreto.

**CLARITA MIREYA PEÑA**
nació en Guaranda, Bolívar, en 1985. Trabaja en la Unidad Educativa La Asunción. Su actividad favorita es leer.

# El hombre que no tenía miedo

Hace muchos años, Tomás decidió salir del campo y viajar a Quito en busca de trabajo. La situación económica en el sector rural era muy precaria y no había muchas oportunidades de ganar dinero. Una vez en la ciudad, visitó instituciones, comercios, construcciones y casas particulares solicitando una oportunidad.



Llegó a una casa muy vieja, despintada, con sus paredes deterioradas y un aspecto lúgubre, golpeó la puerta principal y una señora de edad avanzada abrió.

—¿En qué le puedo ayudar? —le preguntó amablemente la anciana.

—Necesito alquilar una habitación —le dijo Tomás.

—Pase, por favor, tengo una disponible. El alquiler cuesta 60 sucres al mes.

—De acuerdo, trato hecho —Tomás pagó gustoso.

—Muy bien, pero debo aclararle que aquí nadie permanece más de una noche, porque la casa es terrorífica, se escuchan ruidos y las almas que penan. Le aviso, porque yo no devuelvo el dinero —manifestó la dueña.

—Señora, no se preocupe, yo no tengo miedo…

—¡Muy bien! Entonces, tome la llave de la habitación. Tiene que comprar una vela, porque tenemos un daño eléctrico, el servicio estará arreglado para mañana.

Tomás entró a su habitación y se recostó muy cansado en la cama. Se durmió rendido, pero, a las once de la noche, se despertó. No podía conciliar el sueño, así que prendió la vela, tomó un periódico y se puso a leer. Eran las doce de la noche, cuando empezó a escuchar que las puertas se abrían y se cerraban. Sonaban pasos, gritos y golpes en la oscuridad. Cuando el reloj marcó las doce y media, un fuerte empujón abrió la puerta de su habitación. Un horrible diablo entró, le arrebató una hoja del periódico de las manos y se puso a leer en una esquina del cuarto. Tomás intentó mantener la calma, pero los ruidos eran cada vez más fuertes. Entonces, fueron entrando más diablos que le arrebataban las hojas del periódico y se iban a leer a las esquinas. De pronto, entró uno arrojando chispas y dando latigazos con el rabo, y le arranchó lo que quedaba del periódico. Tomás perdió la calma y gritó: "¡Si quieren leer el periódico, por lo menos compren su vela!", y de un soplo apagó la suya.




**SARA PACHECO**
nació en Cuenca, Azuay, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Alicia Loza Meneses. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

# El minero

Eran ya más de diez horas de trabajo seguido, el ambiente estaba rodeado de polvo, restos de cemento y desorden por todas partes. Es práctica común en nuestros pueblos que las mujeres, una vez que han ayudado en la jornada, retornen a sus tareas domésticas. Cristina y Carmen forman parte de este grupo de mujeres.

Cristina es la mayor de cinco hermanas. Tenía unos setenta años, era dueña de unas finas facciones, rostro pequeño, ojos profundos y cabello cenizo. Su facilidad de palabra la ha vuelto



una persona de fácil empatía, es por tanto de entenderse que conoce y trata a la mayoría de sus vecinos.

Su hermana menor, Carmen, tiene un carácter distinto. Se casó muy joven y, al convertirse en madre de tres hijos, tuvo que migrar a la ciudad en busca de una fuente de trabajo. La lucha por sobrevivir y el carácter enérgico de su marido la tornaron, con el tiempo, en un ser silencioso y taciturno.

Volvieron a estar juntas. Carmen decidió construir una casa en la tierra que había heredado de sus padres. Por tradición familiar, todo trabajo se realizaba mediante mingas.

Una noche sucedió un hecho insólito. Eran más de las once, los trabajadores estaban muy cansados y apenas tuvieron fuerzas para comer e ir a dormir. Obviamente, la casa —aún en construcción— no contaba con los servicios básicos, como agua o luz eléctrica. Cristina quería animar a su hermana con palabras de apoyo:

—Con paciencia y esfuerzo pronto terminarás tu casita.

—Ojalá sea pronto —respondió cansada—. Sabes que tengo que volver pronto a mi trabajo en la ciudad.

Ambas con el rostro contenido entre las manos, miraban con tristeza unas débiles llamas que ardían cerca de ellas. En un intento por reaccionar, Carmen dijo a su hermana mayor:

—¡Mírame! ¡Necesito darme un baño! ¡No puedo dormir así!

—Es muy tarde ya, pero tienes que hacerlo —dijo Cristina.

—Si es necesario, me voy al río —respondió alegre y desafiante.

Cristina no era la clase de mujer que acostumbrara a complicar las cosas, así que luego de una ligera reflexión, acertó a decir:

—Vamos a casa de mi hija, ahí nos bañaremos; ella duerme muy tarde, así que no le importará recibirnos a estas horas.

Entonces, se fueron juntas. El resto de la familia, ajena a la novedad, dormía tranquilamente. Luego de tomar una ducha caliente, Carmen peinó sus largos cabellos; Cristina, por su parte, estaba distraída mirando frente al espejo los pliegues de su cara. De retorno a casa, ambas conversaban de manera animada.

—¿No tienes miedo? —dijo Carmen—. ¡Es medianoche!

—¿Yo? ¡Para nada! Además, conozco este camino muy bien —comentó la aludida.

Una débil brisa soplaba en el ambiente. A lo lejos, se oía el aullido de los perros y sus voces iban rompiendo el silencio de la noche.

—¿Adónde van? ¿Quieren que las acompañe? —dijo de pronto un hombre con aspecto de haber venido de un campo de guerra.

—Gracias, pero no hace falta, ya casi llegamos —contestó Carmen.

—No me cuesta nada, yo voy por el mismo camino que ustedes —agregó con cierta insistencia.

Como la curiosidad era algo natural en Carmen, pronto entabló una conversación casi familiar con el recién llegado.

—¿De dónde viene usted? —preguntó.

—Vengo de las minas, trabajo allí.

—¡Ah! ¿Es usted de este pueblo?

—Claro, yo sí la conozco a usted, desde que era una niña, su padre era el señor M…

—¿A mí? ¡No creo! ¿De qué familia es usted?

—Soy hijo de don Miguel G… Según tengo entendido, usted no vive aquí, hace años que se fue a vivir en la ciudad.

—Sí, así es, vine porque mis hijos están de vacaciones, ahora que recuerdo yo conocí muy bien a su papá.

—Bien está que no se olvide de su tierra —agregó el hombre—, pero tenga cuidado, a estas horas cualquier lugar puede ser peligroso.

Cristina, pese a que el hombre en cuestión se identificó como el hermano de un vecino al que conocía a la perfección, se mostró fría y distante.

—Cristina, no vayas tan rápido —expresó Carmen, con evidentes signos de extrañeza ante la conducta de su hermana.

—Vamos que nos están esperando en la casa.

—Ya todos duermen —dijo con tono despreocupado Carmen.

—¡Nos puede dar gripe! ¿No ves que no estamos abrigadas? Además, ya mismo se despiertan tus hijos y se van a poner a llorar si no te encuentran.

—Ya deja de preocuparte tanto y saluda al vecino.

—Buenas noches —dijo secamente.

—¿Cómo está señora?

—Bien —contestó con visible hostilidad y enseguida aceleró el paso.

—Como le estaba diciendo —continuó el hombre—, si estoy en este estado, es porque en la mina un desgraciado me empujó, rodé unos metros, me rompí la cabeza, ¡vea! —dijo mostrando las vendas ensangrentadas que lo cubrían.

Lejos de causarle temor o desconcierto, Carmen siguió conversando. Con suma inquietud, vio cómo el hombre se detuvo en un recodo del camino, desde el que se sentía la soledad de las casas y se veía el cementerio del lugar. Cristina, que ya había llegado a la casa, subió a saltos las gradas, abrió las puertas a empellones, entró y atrancó con sillas la entrada. Carmen, entre tanto, se despedía del solitario caminante. Cuando se encontró con la puerta cerrada, comenzó a dar golpes:

—Abre la puerta, no seas mala. ¿Por qué me dejas afuera? ¿Qué te pasa?

Con ojos aterrados, Cristina abrió la puerta, apenas podía hablar, daba vueltas por la alcoba y unos fósforos temblaban entre sus dedos, vanamente intentaba prender fuego a una hornilla en la cocina. ¡Parecía haber enloquecido! Su respiración estaba muy agitada, toda ella era un puñado de nervios.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Carmen intentando reprender a su hermana—. ¿Por qué me dejaste sola? ¿Por qué casi no hablaste con él? ¡Tú conoces a todos los vecinos! ¡Has sido muy mal educada! ¡El pobre hombre solo quería saludar!

—¡Chist! ¡Cállate! —atinó a gritar Cristina, en un claro esfuerzo por recuperar la voz.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso hice algo malo? ¿Estás enferma?

—Ese hombre, ese hombre… —agregó Cristina completamente fuera de sí.

—¿Qué pasa con ese hombre? ¿Te acuerdas, su hermano fue mi enamorado? —añadió Carmen, tratando de tranquilizar a su hermana.

—¡Ayer! ¡Ayer! —vociferó Cristina ignorando las palabras de Carmen.

—¿Ayer? ¿Qué paso ayer? —dijo Carmen tomándola por los hombros.

—Ayer estuve en su velorio, uno de sus familiares me dijo que murió en un accidente en la mina.

—¡No puede ser! —agregó Carmen—. Asómate, seguro que lo confundes, ese hombre está afuera.

Estremecidas, se acercaron a la ventana, pero la calle estaba vacía y los árboles parecían agitados.

**JORGE OSWALDO ROSARIO**
nació en Machala, El Oro, en 1985. Trabaja en la Escuela de Educación Básica 20 de Octubre-CAI-Machala. Su actividad favorita es investigar.

# Placa honorífica

Un día, no entendí el corre-corre que, de un momento a otro, se inició en mi casa. Algo así solo ocurría cuando estábamos próximos a las festividades de Navidad y fin de año, fechas en que hasta los familiares más lejanos llegaban a la casa elegida para concentrarnos y vivir las celebraciones. Pero esta vez no era así, pues apenas rozábamos el mes de junio; no obstante, los parientes de más lejos iniciaron su periplo.

El ajetreo era intenso, algunos iban de aquí para allá como si alguien o algo los obligara a moverse; otros, en cambio, lo hacían



por inercia. Era algo confuso que a mediados de año estuviéramos celebrando algún acontecimiento. Nadie contestaba mis preguntas, ¿sería que, por aún ser joven, no necesitaba saber lo que estaba ocurriendo? ¿Sería que el "Pepe" se nos casaba y estábamos preparándonos para la pachanga? ¿Sería que se comió la torta antes de la fiesta y, entonces, obligatoriamente había que casarlo para tapar el qué dirán?... no lo sabía, nadie me lo decía, lo único que sabía era que los vecinos habían querido hacer lo mismo hacía dos años con su hija pero no les salió la jugada, pues el bebé se adelantó y en vez de matrimonio festejaron bautizo.

Todos los niños estaban en el cuarto de arriba, los estaba cuidando mi prima, la "pecosa", quien no los dejaba salir para que no estorbaran los preparativos. Yo, por mi parte, desde un rinconcito, escondido para que no me vieran, observaba algunas cosas que me dejaban más inquietudes. Alguien hablaba por

celular y pedía, es más, exigía que no se demoraran, que querían terminar con todo ya… que querían que el sueño terminara y por fin despertar. Pero, ¿de qué estaban hablando? ¿Qué estaban escondiendo? ¿Había matrimonio o no?

No veía a mis padres por ninguna parte, y eso que me atreví a salir de mi escondite y recorrí toda la estancia para hablar con ellos. Estaba seguro de que muchas de mis dudas se despejarían hablando con mi mamita, pero no estaba y parecía que iba a demorar. Pensé que debía estar acostumbrado a eso, pues en varias ocasiones ella salía a visitar a sus amigas y regresaba tarde… ¡claro, eso debía ser!… Como siempre, mamita había salido, por eso no aparecía. Mi papá, ni se diga, con su afición al vóley… desde su jubilación no había fin de semana que se perdiera un buen partido de ese deporte.

Pero había algo que me tenía intrigado, no comprendía por qué, de buenas a primeras, varios amigos y conocidos también empezaron a llegar a casa. Se suponía que las fiestas eran en salones elegantes y amplios, no en una vivienda, no en nuestra casa, que era cómoda pero pequeña. Tampoco estábamos para gastos exorbitantes, con eso de que muchos de mis seres queridos habían pasado a formar parte de las estadísticas de desempleo, debíamos "guardar pan para mayo", como decía mi abuelita.

También me disgustaron los adornos escogidos, cuyo color era rojo. Entonces entendí, no era un matrimonio, era un funeral. Ya se me había hecho rara esa imagen de Cristo crucificado que había llegado en una camioneta vieja. Pensé que era uno de los primeros obsequios para los "recién casados", y las flores, claro, para toda ocasión sirven los arreglos florales, pero se me hacían muy tristes y melancólicos. Así que tocaba averiguar quién era el difunto y por qué el hermetismo.

¡Por fin! Vi que mi madre llegaba, le preguntaría todo a ella, ella no me negaría la información que le pidiera, pero venía hecha un

mar de lágrimas, apenas podía caminar y se apoyaba en el brazo de mi padre para dar un paso. No comprendía. ¿De quién se trataba para que mi mami se encontrara en ese estado? ¿Sería mi hermano, el policía, que muchas veces se había enfrentado cara a cara con la muerte y había salido triunfante?, ¿sería que esta vez no pudo? ¿O a lo mejor era mi hermana, que hacía poco se había divorciado de su esposo, porque él le fue infiel, y no había podido superarlo? En fin, entendí que solo obtendría la respuesta a mis interrogantes viendo quién estaba en el ataúd.

Cuando ya estaba cerca de la caja, la duda me embargaba. No quería llevarme una sorpresa mayúscula. Hasta entonces solo tenía especulaciones y, aunque la curiosidad era poderosa, no me atreví a mirar. De repente, una luz resplandeciente me cegó, lo que antes era claro se me hizo borroso y alcancé a escuchar a alguien que dijo: "¡Siendo tan joven y tuvo que pasarle esto!", a lo que otra persona añadió: "No fue su culpa, sino del imprudente que se cruzó la luz roja".

Ya han pasado diez años y todavía no me repongo de aquel día fatídico. Mi madre ha aprendido a convivir con la pena, le hizo bastante bien el apoyo de mi padre y mis hermanos. Yo, por otro lado, no sé cómo decirle que estoy aquí, que no me he ido, que el llanto que a veces ella emana a escondidas me hace mal, porque no me permite seguir mi camino a esa luz que me llama desde el cielo. A veces me pregunto: "¿Por qué nadie hace caso a las recomendaciones que se dan? ¿Por qué no se les dice a todos que deben respetar las leyes de tránsito?". Dicen que en esta vida hay que ser prudente, yo sí lo fui, pero de nada me sirvió. Siempre quise una placa honorífica y ahora la tengo, lástima que en vez de estar en la pared de mi casa, se encuentre en mi tumba.

**JEFFERSON BOLÍVAR VÁSQUEZ**
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Aurora Estrada de Ramírez. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

# Ángel Putrefacto

Una susurrante y melancólica niebla baja de las montañas, para imponerse lentamente sobre las oscuras y frías calles de esta ciudad. El tiempo se detiene y la agonía de los seres mendigos del amor pareciera hacerse más tortuosa, y es porque así es la vida, ellos merecen tener una muerte negra y dolorosa, que haga que sus huesos se retuerzan del frío y su respiración sea un castigo. Esta es la cara de la ciudad donde soberbios y monumentales edificios de vidrio se recubren de vanidad; dentro de ella, van los caminantes mecánicos, con corazones de acero y sensibilidad como el hielo, y

fuera de ella, pequeños seres nauseabundos comen de la basura y sobreviven entre la injusticia miserable. En el centro de esta gótica urbe, encontramos una oscura basílica, de aspecto tenebroso, fría, lúgubre, perturbadora y hermosa a la vez. Fue construida con la sangre de cientos de esclavos para satisfacer el ego de la santísima clase clerical; esa es una obra de arte, el vivo expresar del coloniaje rapaz, una apología al sacrilegio y a la Inquisición.

Vamos a hablar de Cristina, una adolescente con oscuros sueños que la perturbaban y quien muchas veces estuvo al borde del suicidio. Durante su infancia, se la pasó hablando con fantasmas y demonios que salían por temporadas. Su vida fue sombría, como el oscuro ocaso de las tardes de invierno, sus blancas manos eran una sutil expresión de amor y depresión, su mirada fue el silencio del duelo, enmarcada con un oscuro cabello negro que contrastaba con sus carnosos labios rojos; su delgada silueta caminaba entre la gente y se diluía entre la tristeza y la indiferencia de la injusticia. Cristina nació de una familia de capa media alta, de tradiciones altamente católicas y prejuicios intrínsecamente vinculados a la doctrina del conservadurismo colonial; podríamos decir que Cristina era la oveja negra de su casa, donde diariamente libraba una guerra con su familia y la sociedad.

La noche del 14 de octubre del 2012, ella se encontraba en su habitación escuchando música *black metal* y leyendo un conocidísimo cuento de Edgar Allan Poe. Un ligero susurro se escuchaba a lo lejos y una incesante respiración de ultratumba avanzaba a cada segundo. De repente, la música fue opacada por una presencia anormal, la habitación se convirtió en una nevera y un horrendo olor a cadáver podrido invadió toda la casa. Aunque Cristina quiso salir corriendo, fue muy tarde, porque él estaba ahí: un hombre alto, con alas tenebrosamente grandes y dientes amarillentos; de sus manos salían hileras de sangre, como si se

hubiese cortado las venas, la piel de su rostro estaba rasgada y se podía ver parte de los huesos de la cara.

La joven, tartamudeando y temblorosa, le preguntó: "¿Quién eres tú?". Aquel ser abominable contestó de manera sonriente: "Soy tu maldición, la oscuridad que siempre habitó en tu ser, soy aquel que te induce a la muerte, soy tu ángel, soy el Ángel Putrefacto". El corazón de Cristina se iba acelerando y comenzó a botar espuma por la boca, su cuerpo sucumbió y perdió el conocimiento por varias horas. Al recuperar la noción, vio varios moretones en sus piernas, su espalda estaba rasguñada, su ropa estaba rota, como si un animal la hubiese arrancado, y su piel estaba completamente húmeda y con un olor pútrido.

Desde entonces, la vida de Cristina comenzó a tomar un giro inesperado. Durante varios días, pasó sin comer ni beber agua, su casa comenzó a tener un ambiente muy pesado, el olor a podrido estaba vigente y nadie sabía de dónde provenía, con excepción de Cristina. La noche del 10 de noviembre, la Sra. María Eugenia —mamá de Cristina— había decidido llevar agua bendita para supuestamente espantar al demonio, pero nunca imaginó las consecuencias de dicha sesión. Sus acciones hicieron que aquel ser abominable regresara con más fuerza y comenzaron a pasar cosas muy extrañas en la casa. Todas las noches se escuchaban pasos y cada mañana la Sra. María Eugenia encontraba trastos rotos en la cocina; ella pensó que quizá era el espíritu de su madre que visitaba su casa, pero no era así.

Cristina se sentía muy mal, su cara estaba totalmente demacrada y tenía unas ojeras horrorosas. No había olvidado aquel día en el que ese ser le dijo que él era quien le inducía pensamientos suicidas. Pasaron dos semanas y las cosas empezaron a cambiar, ya no se escuchaban pasos fuertes ni nada que se rompiera. La Sra. María Eugenia pensó que había sido suficiente con llevar agua



bendita y realizar esa sesión para espantar a algún demonio o al fantasma de su madre, pero estaba equivocada.

Después de esas dos semanas en calma, Cristina llegó a casa, saludó a sus padres y se fue a su habitación como de costumbre. Se puso a escuchar *black metal*, pero ese día no quiso leer; empezó a pensar cosas extrañas: “¿Por qué ese ser me dijo eso? ¿Quién lo mandó?”. Mientras pensaba en aquel día, vio la hora en su celular y se dio cuenta de que ya era demasiado tarde, así que decidió ir a dormir, estaba muy cansada y había sido un día muy agotador.

Apagó las luces, se acostó y se arropó completamente con una gran sábana negra. Mientras trataba de quedarse dormida, comenzó a sentirse como aquella vez, cuando ese ser abominable la había visitado. Cristina estaba muy asustada porque temía que fuera el Ángel Putrefacto. En ese instante, escuchó unos pasos y vio que eran de un hermoso gato. Su pelaje era de color negro y tenía

unos ojos verdes esmeralda, que alumbraban la habitación en la oscuridad. Ella comenzó a sobar la cabeza del gato mientras se quedaba dormida. Pasaron horas y se despertó en la madrugada, el reloj marcaba las 03:33 a.m., conocida por algunos como la hora del diablo o de los demonios. Cristina pensó que las épocas de hablar con fantasmas o seres sobrenaturales habían regresado y lamentablemente fue así…

Trató de seguir durmiendo, pero no pudo. La luna estaba brillante y hacía mucho frío; su piel se erizó por completo, entonces ella supo que su Ángel estaba de regreso. Nuevamente había penetrado en su habitación ese olor nauseabundo, completamente desagradable, pero ahora era peor que la vez anterior. Aunque tenía muchas náuseas, no se podía parar, estaba paralizada. Entre la oscuridad, apareció neblina y allí estaba aquel hombre alto, con alas y dientes amarillentos, con el rostro de piel rasgada que dejaba ver los huesos; pero esa noche tenía algo diferente, llevaba una gran sonrisa, de esas que causan terror.

Cristina estaba horrorizada y no sabía qué hacer. Entonces, el ser diabólico le hizo una pregunta con su sonrisa terrorífica:

—¿Me has extrañado?

—¿Quién eres? ¿Por qué me visitas a mí? ¿Por qué no a otros? —respondió ella, mientras sentía su corazón latir más rápido de lo normal.

—Ya te lo dije, soy tu Ángel Putrefacto, tú eres a quien debo visitar. Yo soy el que te induce a la muerte.

Al oír estas palabras, Cristina comenzó a botar espuma por su boca y perdió el conocimiento.

Al día siguiente, se despertó con enormes moretones y arañazos en todo su cuerpo, y estaba totalmente desnuda, lo que le pareció muy extraño.

Ella ya no quería saber nada de nadie, solo quería estar sola para siempre. Cada noche debía tomar pastillas para dormir y no despertarse en las madrugadas. Cristina quería acabar con su vida y no sabía qué hacer. Asimismo, los acontecimientos extraños volvieron a suceder en la casa. La Sra. María Eugenia pensó que había regresado su madre y que debía hacer nuevamente la sesión para espantar espíritus, pero no se percató de que su hija estaba cambiando radicalmente. Casi no comía, ya nunca sonreía y solo permanecía encerrada en su habitación, tratando de explicarse por qué le sucedían ese tipo de cosas, porque desde muy pequeña había tenido contacto con seres del más allá.

Cristina trató de no quedarse dormida aquella noche, estaba oscureciendo y el reloj marcaba las 7:00 p.m. Estaba ansiosa por que fueran las 12:00 a.m. para ver qué sucedía. Empezó a tener pensamientos suicidas y estaba asustada. Fue rápidamente a su habitación, prendió las luces y se miró en el espejo, entonces, vio reflejada la cara del ser abominable. Cristina soltó un pequeño grito y la habitación empezó a llenarse de aquel olor insoportable. Ella no perdió la oportunidad de preguntarle por qué quería que acabara con su vida. Sentía un miedo insuperable, su piel estaba completamente erizada y no podía dejar de mirar el reflejo del ser sobrenatural. Él le respondió: "Hago esto porque me lo ordenan, quiero que acabes con tu vida, porque todos en este mundo de los vivos tienen un ángel, nosotros aparecemos y no podemos irnos hasta que la vida se acabe. Soy tu Ángel Putrefacto y te llevaré conmigo". Y se oyó su sonrisa terrorífica proveniente de otro portal. Cristina trató de correr, pero fue en vano, ya que su Ángel Putrefacto iba tras ella. Él abrió sus grandes alas y voló hasta atraparla, mientras decía: "Te llevaré conmigo, nunca debiste llamarme".

Cristina no quería darse por vencida, hasta que perdió el conocimiento. El Ángel Putrefacto había conseguido otra alma

más para su mundo sobrenatural, ese mundo que es opuesto al de los vivos, el mundo de los muertos, donde reposan las almas de muchas personas. La vida de Cristina había acabado y el Ángel Putrefacto había cobrado una más, de muchas.



**NELLY JANETH VERDEZOTO**
nació en San Miguel de Bolívar, Bolívar, en 1976. Actualmente es docente. Su hijo Heyder Jhosué Guadir estudia en la Escuela de Educación Básica 14 de Abril.

# El fantasma del trapiche

¿Conoces el río Chirapi, en la parroquia de Pacto, cantón Quito? A sus orillas había un trapiche, donde se procesaba panela. Todavía pueden verse las tétricas ruinas de aquel lugar. Dicen que su dueño fue un hombre muy avaro y codicioso, que juntó su gran fortuna explotando a gente pobre. Como no tenía familia ni nadie que lo quisiera, al morir, no se supo qué hizo con todo el dinero. Con el

pasar del tiempo, el trapiche quedó destruido y solo quedaron unas pocas latas que aún pueden verse.

Pero ese es solo el principio de una conmovedora historia. Durante muchas noches, solía aparecer una figura espectral y sobrecogedora, flotando entre las ruinas. Por eso, para cruzar el puente sobre el río, las personas siempre se santiguaban y no miraban por nada hacia el tenebroso lugar. Quienes habían visto al fantasma, nunca más pasaban por aquel lugar. Entonces, la gente dedujo que el alma en pena era la del viejo avaro, que no encontraba descanso debido a todo el daño causado durante su vida.

José, en cambio, era un humilde muchacho. Un día se quedó dormido en aquel lugar mientras buscaba leña y un poco de bagazos. Tuvo sueños inquietos y despertantes: se vio a sí mismo junto a la vaporosa y macabra figura del fantasma del trapiche. El espectro estaba envuelto en una especie de manto negro y desgarrado. Su cadavérico rostro y los amarillentos huesos de sus manos causaban terror. En el sueño, José quedó paralizado por una fuerza extraña, que le producía un terror indescriptible; no podía moverse ni pronunciar palabra alguna. De pronto, escuchó un pedido proveniente de aquella voz:

—Necesito de un mortal que me ayude a que mi alma descanse en paz. ¡Tú vas a ser quien lo haga!

—Sí, sí, mi señor… ¿Qué quiere que haga? —alcanzó a balbucear el chico.

—¡Sígueme! —ordenó el fantasma.

Con su huesuda mano, lo condujo hasta una enorme roca que sobresalía entre la maleza junto al río.

—Vas a venir con tu padre, para que te ayude a retirar la roca. Caven en este sitio y encontrarán el cuantioso tesoro que acumulé durante mi vida. Mi alma está penando y no hallará reposo



mientras no repare todo el daño que hice. El tesoro será tuyo, siempre y cuando ofrezcas misas para el eterno descanso de mi alma y repartas dinero a los más pobres y necesitados. Si no lo haces, morirás.

Al llegar el amanecer, el padre de José, que lo había estado buscando por todas partes, lo encontró temblando y echando espuma por la boca. Como era muy respetuoso de los asuntos de ultratumba, al enterarse de lo sucedido, decidió ayudar a que su hijo cumpliera con el pedido del espectro.

A la siguiente noche, padre e hijo fueron a las ruinas del trapiche y el fantasma volvió a aparecer. Sin pronunciar palabra, estiró su huesudo brazo, señalando con firmeza la enorme piedra. Ellos empezaron a cavar y, después de horas, encontraron un cajón lleno de dinero: el tesoro del viejo avaro.

Finalmente, cumplieron con los pedidos del aparecido: ofrecieron misas para el eterno descanso del alma en pena y repartieron dinero a los más necesitados. Se dice que les quedó lo suficiente para que ellos y sus descendientes vivieran con holgura y tranquilidad. A partir de entonces, en las tétricas ruinas del trapiche, nunca más apareció el espectro. Pero, varios buscadores de tesoros aseguran que, a medianoche, aún se escuchan quejidos macabros.

**LIZETH CAROLINA MANOSALVAS** nació en El Ángel, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

# Pelea con el diablo

Un día común y corriente, Jairo —como muchas veces— fue contratado para realizar un trabajo en una hacienda en Carlizamá, en San Antonio. El trabajo consistía en regar y fumigar varios lotes de terreno. Una noche, salió con su machete y su linterna para ver si todo iba bien, caminaba acompañado por un pequeño perrito, que no se separaba para nada de él.

Extrañamente, el animal desapareció y empezó a aullar desde la casa, pero Jairo no le dio importancia y siguió en lo suyo. Cuando ya estaba de regreso, alcanzó a ver una gran sombra roja

y, por supuesto, se asustó. Era muy extraño aquel aparecimiento, jamás había visto algo parecido. La sombra empezó a acercarse considerablemente y Jairo quiso defenderse. Usó su machete con la mano derecha y no pasó nada, pero cuando lo hizo con la izquierda, salieron chispas, como cuando arde candela. En ese momento, no supo qué pensar o cómo reaccionar, y lo único que se le pasó por la mente fue seguir usando su machete, porque lo seguía atacando. Por fortuna, acabó la pelea con ese ser sobrenatural sin mayores consecuencias. Al día siguiente, Jairo salió a caminar por el lugar de los hechos y encontró varias partes de animales y unas garras enormes; se sorprendió y pensó que todo terminaría allí, pero no fue así… La sombra lo siguió, entonces el muchacho tomó la decisión de irse al ejército.

Una vez allí, tuvo que realizar muchas pruebas, tanto físicas como mentales. Sin embargo, luego de unos días, volvió a ver al ser diabólico. Pensó que, si le disparaba, desaparecería; entonces, lo persiguió y lo persiguió, pero no pudo alcanzarlo. Esta vez se veía diferente, era pequeño, era uno de los duendes del diablo que quería llevárselo con él.

Días después, ocurrieron muchas cosas extrañas de las que fuimos testigos algunos miembros de mi familia. Jairo empezó a comportarse de una forma incomprensible para todos: les jalaba a sus hijos mientras dormía, actuaba como dos seres totalmente distintos, a ratos era el Jairo que todos conocimos y, de un momento para el otro, veía a personas muertas y decía que se iba con ellas al cementerio. Hicimos mucho para ayudarlo y logramos que, de alguna forma, parara. Pero un día, que estábamos reunidos, empezamos a escuchar ruidos extraños. La mirada de Jairo estaba fija en un solo lugar y nosotros no entendíamos qué pasaba; notamos que un perro que estaba en la habitación también miraba el mismo punto. Todos nos quedamos sorprendidos y



asustados. Y a pesar de que en los últimos tiempos no haya pasado nada extraño, nos quedan las incógnitas: ¿qué vendrá después? ¿Volveremos a escuchar esos ruidos? ¿Volverán estos seres?, que son preguntas sin respuestas.

**ANTONY DAVID COYAGO**
nació en Quito, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es el deporte.

# La caseta misteriosa del perro

Érase una vez una familia de cuatro personas: esposo, esposa y dos hermanas gemelas. Todos vivían muy felices con su cachorro Scott. Lo hacían jugar, lo trataban muy bien, incluso, en las noches, le permitían dormir dentro de la casa junto a ellos. Pasaban los días y Scott se hacía cada vez más grande y travieso, y ensuciaba mucho la casa.



Un fin de semana, los vecinos les regalaron una casa de perro, porque el de ellos había muerto misteriosamente. La familia aceptó gustosa y, desde entonces, Scott dormía allí. Claro que no todo parecía estar tan bien, porque Scott comenzó a ladrar en las noches, como si estuviera peleando con otro perro. Cansados de no dormir, una noche la familia asustada salió a verlo y lo encontraron aruñado, le sangraban las patas y el cuerpo. Conmocionados, empezaron a pensar que Scott estaba enfermo, porque se lastimaba a sí mismo. A la mañana siguiente, decidieron llevarlo al veterinario, pero el médico lo encontró en buenas condiciones y los tranquilizó diciendo que, tal vez, se rasguñaba por diversión o soledad.

Pasaron los días y la familia, sin darle mucha importancia al asunto, continuó con su vida cotidiana. Sin embargo, una noche Scott empezó a ladrar de nuevo, pero ellos lo ignoraron y no salieron

a ver qué pasaba. A la mañana siguiente, las gemelas fueron a alimentarlo, pero solo se oyó un grito desesperado. Los padres asustados corrieron a verlas y fue entonces cuando encontraron a Scott muerto, con su cuerpo lleno de rasguños. Conmovidos ante tal infortunio, decidieron ir a conversar con sus vecinos, porque, desde que recibieron aquella casa, Scott comenzó a ladrar por las noches y a tener su cuerpo lastimado. Al oír lo que había sucedido, sus vecinos solo callaron, pero sus caras de asombro delataban que sabían algo…

Ante tal desgracia, la familia intentó olvidar todo y empezar su rutina con la normalidad de siempre; sin embargo, la trágica muerte de ambos perros nunca se resolvió y el misterio no se olvidará jamás…

**AYLEN TOVAR**
nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Moraspungo. Sus actividades favoritas son bailar y leer.

# El puente de los lamentos

Era la tarde de un viernes, Mateo y sus amigos decidieron salir a divertirse. Eligieron una discoteca para distraerse de aquella atareada semana e invitaron a unas amigas. El club al que iban estaba muy lejos de sus hogares, de hecho, al otro lado de la ciudad, así que sabían que volverían muy tarde.

En el camino, fueron charlando, cantando, riendo... Iban disfrutando cuando, de repente, uno de los autos se averió y se

detuvo. Preocupados, comenzaron a buscar ayuda y encontraron a un mecánico cerca del lugar. Era un hombre mayor, que gentilmente los ayudó y reparó el automóvil. Mientras lo hacía, comenzaron a charlar sobre adónde se dirigían; pero cuando alguien respondió que a un lugar al otro lado del puente, el señor se estremeció y desesperadamente les advirtió que no fueran hasta allá, porque del otro lado del puente no había nada bueno. Los jóvenes pensaron que quería asustarlos, para evitar que fueran a beber en aquel lugar, entonces, amablemente le agradecieron y retomaron su camino. En breve, llegaron al puente y, al recordar la advertencia de aquel hombre, prefirieron aumentar la velocidad para pasar rápido. De pronto, vieron una sombra que apareció de la nada y desapareció.

En pocos minutos, llegaron a su destino y enseguida comenzaron a bailar y a beber. Cuando empezaron a sentirse mareados, decidieron salir de la discoteca para volver a sus hogares, pues la noche ya los estaba alcanzando. Pero uno de los amigos quiso quedarse allí solo, porque la estaba pasando muy bien. Ya eran cerca de las 12:00, así que el joven decidió volver a su casa, ya que no se sentía tan bien como al inicio de la velada. Iba conduciendo, aunque ya estaba muy mareado, y en el camino vio a una hermosa joven, que a lo lejos le hacía señas para que se detuviera. Se detuvo y aquella mujer se subió, le saludó amablemente y le agradeció por haberla ayudado.

—¿Adónde te diriges? —preguntó el joven.

—Voy a ver a mi bebé. Está esperándome —respondió.

El silencio invadió el auto, porque el joven estaba muy asombrado de que aquella dama tuviera un bebé, no aparentaba más de quince o dieciséis años. De repente, ella dijo: “Aquí detente, gracias”, justo en el puente. El joven redujo la velocidad y, como por arte de magia, las luces, la radio y el vehículo se apagaron.



De la nada, una neblina invadió todo y se escuchó los quejidos de un bebé. Él pensó que se lo estaba imaginando, pues había consumido demasiado alcohol; pero cuando volteó a verla, ella ya no estaba. Dedujo que el bebé que lloraba era suyo y por eso se había ido sin despedirse. Lo extraño era que no había escuchado ni abrirse ni cerrarse la puerta.

Trató de volver a arrancar, pero le resultó imposible. Cada vez los lamentos eran más fuertes, entonces, se bajó del auto y se acercó al puente; los llantos provenían de abajo. Lleno de temor, decidió bajar para saber qué pasaba con aquel bebé. Descendió al río y lo escuchaba muy cerca, pero no veía a nadie. Sintió que alguien desde arriba lo observaba, petrificado del miedo, levantó su mirada y vio a la joven colgada del puente, en estado de descomposición. Un frío invadió su cuerpo cuando el cadáver movió su mano y apuntó hacia el caudal del río; al voltear, observó

al recién nacido que flotaba boca abajo. Del terror, salió corriendo y volvió a su auto, pero no lograba encenderlo, así que se bajó y comenzó a empujarlo hasta llegar al otro lado del puente, donde automáticamente se prendió y pudo escapar.

Cuenta la leyenda que aquel que se detenga en ese puente, no podrá encender su carro hasta llegar al otro lado y no podrá evitar encontrarse con el espíritu de la madre y su bebé.

**GASTÓN RICARDO MOLINA**
nació en Guayaquil, Guayas, en 1965. Trabaja en la Unidad Educativa Ecuatoriana Austriaca. Su actividad favorita es formar niños y jóvenes en el maravilloso arte de la oratoria y el teatro.

# El potrero de la muerte

Don Felipe Barberán era un hombre desalmado y muy rico. Era propietario de muchos terrenos, casas, ganado, plantaciones, haciendas y más. A pesar de su escasa preparación académica, tenía gran fortaleza y, como un depredador de bienes, hizo fortuna. Era un hombre ambicioso y su maldad no tenía límites. Lo mismo les enseñó a sus catorce hijos de diferentes edades. Él los tuvo con varias mujeres y se vanagloriaba de aquello.

También estaba orgulloso de haber tenido hijos sanos, y decía que sus descendientes “eran bien hechos” y que su familia sería la más grande y productiva de Ecuador. Así, vivía sonriéndole a la vida; pero como era grande su arrogancia, también lo eran sus bajos instintos.

Cierto día, con unas copas de más, se dirigió a la casa de doña Rosa, una humilde mujer sorda que vivía en una casa vieja de caña. Ella tenía dos hijos: Olguita, de diecisiete años, que tenía síndrome de Down, y Pablito, de catorce años. Aquel día doña Rosa había salido a trabajar, ella sembraba arroz en una hacienda y le pagaban ocho dólares al día, lo que la ayudaba a subsistir. Los chicos se encontraban solos cuando don Felipe, tragueado, entró a la casa, como si fuera suya. Él era socio del marido de Rosa, pero don Felipe siempre lo engatusaba y terminaba estafándole. Se sentó y empezó a hacer varios pedidos, incluso le ordenó a Pablito que fuera a comprar cuatro cervezas a la tienda, que quedaba a quince minutos en caballo. Él obedeció la orden y dejó al hombre con Olguita. Apenas el chico había salido, el señor Barberán comenzó a acosarla y ella no entendía lo que él estaba haciendo. Hizo lo que quiso y salió en estampida. Cuando regresó Pablo, lloró junto a su hermana, con rabia y dolor…

Transcurrieron dos meses desde aquel fatídico día. Doña Rosa se percató de que su hija estaba enferma, tenía vómito, náuseas e intensos dolores de cabeza, que se hacían insoportables a medida que pasaban los días. Entonces, fueron a donde don Felipe para que se hiciera cargo de Olguita, porque no había la menor duda de que estaba embarazada. El señor Barberán era tan descarado que salió en toalla a recibirlas. Ante aquel cuadro, mostró en la cara su sensación de repudio y empezó a gritar. Doña Rosa intentó explicarle que ella no iba a poder seguir trabajando en los sembríos por cuidar de su hija, mientras las hijas de Barberán



murmuraban que sería el colmo tener a Olguita en la casa. Uno de los hijos, Euclides, las increpó para que salieran de la propiedad y don Felipe le ordenó que las llevara a una casa que tenía junto al río.

Euclides tenía fama de ser tosco, abusivo y peleonero. Entonces, él fue el encargado de deshacerse de la molestia. Debía hacer abortar a Olguita y cumplió a raja tabla lo que le encomendó su padre. Las llevó a la casa del río y les pidió que se acomodaran. Al llegar la noche, mientras Olguita y su madre intentaban dormir, Euclides estaba maquinando algo macabro. Esperó a que fuera la hora adecuada, para saltar sobre Olguita y propinarle una paliza. La luna llena se había escondido entre las nubes y fue entonces que Euclides caminó por el pasillo con un machete en la mano, pero no se percató de que Pablito estaba allí para impedir su macabro propósito.

—¿Adónde va con ese machete? —le preguntó Pablo y obtuvo como respuesta un machetazo, que alcanzó a esquivar con rapidez.

El muchacho de apenas catorce años forcejeó con el hijo del señor Barberán, que pretendía matarlos a todos y enterrarlos en un sitio que en las leyendas antiguas era conocido como "Potrero de la muerte". Pablo luchó como un verdadero titán contra Euclides, que casi le doblaba en cuerpo y sagacidad. Parecían toros salvajes, cuando Euclides sacó un puñal que siempre portaba en el cinto. Entre empujones, llegaron hasta una baranda y cayeron uno encima de otro, pero el puñal había dado un giro y terminó incrustado en el pecho del asesino. Pablo se asustó mucho al verlo sin vida junto a unos muebles viejos, ¡no había sido su culpa!, pero iba a tener que afrontar este turbulento hecho. Sin saber qué hacer, tapó el cuerpo, extrajo la daga del pecho del cuerpo inerte y subió al cuarto a lavarse y deshacerse de la ropa ensangrentada. Luego, escondió la daga y se recostó con los ojos muy abiertos y llenos de pánico.

Su madre y Olguita escucharon los ruidos y los golpes, pero no se levantaron por temor. Pablito empezó a calentarse entre las cobijas y reaccionó. Ya era de madrugada, pero sabía que debía ocultar el cuerpo. Entonces, recordó el "Potrero de la muerte", que quedaba no tan lejos de allí. Nadie quería cruzar siquiera por ese lugar, porque muchos decían que era la entrada al infierno, otros aseguraban que fue un cementerio de aborígenes, donde realizaban rituales con espíritus; el hecho es que por ahí se veían luces y se escuchaban llantos.

Pablo decidió arrastrar el cuerpo hasta allí para enterrarlo y que nadie lo encontrara. De pronto, vio una sombra que se acercaba lentamente y él, muerto de miedo, no podía mover ni un músculo. Logró distinguir que era un anciano con barba larga y escuchó que le decía: "¡No temas!".

Era nada más que don Fulgencio Mata, un ermitaño que vivía allí desde siempre. El anciano le dijo a Pablo que sabía lo que había pasado en realidad. También le confesó que tenía cien años de edad y que necesitaba un sucesor que custodiara la fosa. Nunca nadie se había acercado a la fosa, que se encontraba en el corazón del potrero. Le contó que Euclides y don Felipe nacieron con la marca para ingresar allí y que estaban condenados. Le narró cómo los aborígenes pasaron sus conocimientos a sus descendientes sobre las entradas al infierno, el joven oyente le hacía miles de preguntas, porque temía también ser condenado. Pablo agachó su cabeza y sintió una briza por su cuerpo, que lo hizo estallar en llanto. Cuando abrió sus ojos, se percató de que el anciano había desaparecido.




**STEVEN PAÚL DUCHI**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fray Vicente Solano.

# La casa de mi abuelo

Era muy pequeño cuando mi abuelo me contó esta historia. Todo comenzó cuando mi tío, Teodoro, por una crisis económica, le pidió posada a mi abuelo en su casa. Él, encantado, le dio la parte de abajo para que se quedara con su familia. Una tarde, mi tía Lida regresó a la casa con un pozuelo lleno de tierra, lo tomó y lo esparció por toda la casa. Mi abuela, sorprendida, le preguntó qué estaba haciendo y ella contestó que había muchos ladrones por



el sector y que una vecina le había dicho que, para espantarlos, debía botar tierra de cementerio alrededor de la casa. ¡Grave error!

Pasó una semana y, un día, mi tío le confesó a mi abuelo que ya no podía seguir viviendo allí, porque no aguantaba más los fantasmas que veía por las noches. Mi abuelo, que era un hombre culto y valiente, le dijo que no tuviera miedo y que le contara sobre lo que veía y escuchaba. Él, nervioso, le contó que había fantasmas. Estaba convencido de que penaba el espíritu de una chica; en las noches, caminaba por allí haciendo sonar sus tacos y, con un silbido desgarrador, se dirigía al baño. Prendía la ducha y desaparecía, entonces, él se levantaba de madrugada a cerrar la llave. También escuchaba el llanto de un bebé, que parecía que provenía del maizal. Por último, le dijo que había un espíritu, que era al que más temía, de un hombre; era un bulto, una sombra negra, que se posaba en una planta de higo. Permanecía inmóvil y solo se podía notar una sonrisa en aquel rostro.

Mi abuelo, muy serio, decidió quedarse con él esa noche, para entender lo que veía y escuchaba su hijo. Cuando anocheció, mi abuelo y mi tío se pusieron a conversar; de pronto, su conversación fue interrumpida por un sonido que venía de afuera de la habitación, este se iba haciendo cada vez más fuerte, hasta que cesó a la altura de la puerta del baño. En ese instante, escucharon el silbido y, luego, las gotas que caían de la ducha, como si alguien se estuviera bañando. Mi abuelo corrió a ver qué pasaba, pero solo se encontró con la ducha prendida.

Con un suspiro, mi abuelo me confesó que los minutos se convirtieron en horas y él estaba muy asustado. Después de lo que había visto en el baño, se sentía nervioso y el ambiente en la habitación era muy pesado. A las doce de la noche, escucharon el llanto del bebé y, aunque mi tío le pidió que no saliera, mi abuelo salió pensando que era un niño abandonado. Entonces, se adentró en el maizal, sin pensarlo dos veces, pero mientras caminaba, el sonido se alejaba cada vez más hasta que solo pudo escuchar el canto de los grillos.

Cuando regresó, mi tío estaba sentado en el césped esperándolo, él caminó hacia su hijo y cansado se acostó a su lado para ver al cielo. Giró su cabeza y vio la planta de higos, en ella, había una sombra que le sonreía…

Mi abuelo no se acuerda de nada a partir de esa horrorosa imagen, solo se levantó en su cuarto, con mi abuela, y le dijeron que se había desmayado. Al día siguiente, mi abuela llamó a una amiga curandera, para que hiciera una limpia. Cuando ella llegó y terminó su trabajo, se acercó a mis abuelos y les dijo que había varios fantasmas allí. Les contó que la mujer había muerto en la ducha del baño y que el bebé tuvo solo pocos días de nacido y no estaba bautizado. Pero, les dijo que lo que más le preocupaba era la presencia de un demonio, que le gustaba sentarse en la planta

de higos y que debían cortar la planta para deshacerse de él. La señora les preguntó si recordaban haber hecho algo que pudiera atraer a tantos espíritus, entonces, mi abuela hizo memoria y le respondió que mi tía había esparcido tierra de cementerio alrededor de la casa. La curandera les dijo que eso nunca se debe hacer y que debían bendecir la casa cada seis meses. Mis abuelos, muy agradecidos, quisieron pagarle, pero ella no aceptó el dinero; dijo que lo hacía porque no quiere ver a nadie sufrir.




**MARCOS ANTONIO GUERRERO**
nació en Arenillas, El Oro, en 1963. Actualmente es militar en servicio pasivo. Su hijastro Ariel Adair Maldonado estudia en la Escuela Las Brisas.

# El cojo endemoniado

Los abuelos de mi papá se encontraban en una fiesta de cumpleaños, de una familia en Basalito. Entre bailes y algarabía, llegó la madrugada y se les acabó el trago. El dueño de la casa dijo a los invitados: "Señores, se acabó el trago, necesitamos un hombre valiente que vaya a comprar más en Arenillas". Nadie dijo nada, todos callaron. Entre la multitud, salió un hombre y dijo: "¡Yo voy!". Todos los invitados lo conocían, definitivamente, era un hombre



valiente. A esas altas horas, arreglaron las alforjas y partió a pie hacia Arenillas. El hombre llegó a una tienda tranquilamente. Compró el licor y, estando allí, aprovechó para comprar unas libras de arroz y unos huevos. Tomó su mercadería, la arregló en las alforjas y partió rápidamente de regreso.

Cuando iba por la quebrada de Guabillo, escuchó una voz que le decía: "¡Espérameee!". El señor, un poco nervioso, siguió caminando. Más adelante, nuevamente escuchó la voz: "¡Espérameee!". Entonces, se quedó parado y pensó que, quizás, era algún amigo que venía detrás suyo. Decidió esperar y pronto vio la silueta de un hombre cojo, que saltaba en chulla pata y, con cada salto, se acercaba rápidamente hacia él.

—¿Adónde va? —preguntó el valiente hombre.

—¡Ayúdeme, no avanzo más! —respondió el cojo.

—No puedo, voy cargado.

—¡Por favor, tiene que ayudarme, no me deje aquí! —pidió suplicando.

El hombre atónito contestó:

—Bueno, pero lo llevo solo hasta más adelante y de allí va a tener que seguir caminando.

Entonces, el hombre le dijo que subiera a cucho y, desde ese momento, comenzó la travesía con el cojo en su espalda. Caminó y caminó, aunque no le agradaba la idea de ayudarlo cargándolo así. De pronto, el señor comenzó a rechinar sus muelas y, a cada paso que daba, se ponía más pesado. El valiente no tuvo más que bajarlo al piso, pero el otro se rehusaba. Forcejearon y el hombre logró botarlo. Al mirarlo de frente, sus ojos estaban rojos y, por la trompa, botaba fuego. Asustado y atónito, pegó la carrera, mientras el cojo lo seguía saltando hasta que lo alcanzó. El horrorizado hombre decidió subirse a un árbol, pero el cojo empezó a morder el tronco y, con cada mordida, le sacaba astillas, para tumbarlo y hacerlo caer. Con todo ese movimiento, al señor se le cayó un huevo de las alforjas y un gallo cantó al tiempo. En ese momento, el cojo dejó de morder el árbol y dijo: "¡Dale gracias al gallo, te ha salvado!". Enseguida, desapareció el mal y se hizo humo.

El hombre se bajó del árbol y emprendió la carrera hasta la fiesta. Se cayó a la entrada y todos salieron para ayudarlo. Lo llevaron adentro y lo reanimaron poco a poco, hasta que pudo contar lo sucedido en el camino. Así, llegaron a la conclusión de que era el diablo que pretendía llevárselo por valiente.



**CARMEN EDELMIRA**
Sigüencia nació en
Chunchi, Chimborazo,
en 1973. Actualmente
es comerciante. Su hija
Nayeli Cortez estudia
en la Unidad Educativa
María Angélica Idrobo.

# Misterios

Existe una delgada línea entre el mundo de los vivos y el de los muertos, así que convivimos con espectros y no nos damos cuenta. Aunque no los veamos, en momentos inesperados, sentimos su presencia; a veces, de la nada, nuestro cuerpo se estremece o sentimos recorrer un leve escalofrío por nuestra espalda, que nos eriza la piel o, de pronto, tenemos la sensación de que alguien nos está observando. Existen personas que no creen en fantasmas, pero después de mi historia ya no dudarán.

Todo comenzó en el 2004. Yo, mi esposo y mis dos hijas vivíamos en una casa de tres pisos, que arrendábamos y compartíamos con vecinos. Nuestra vida era normal y nada complicada. Aprovechábamos cada momento al máximo y siempre teníamos una excusa para viajar.

En ese entonces, habíamos hecho un viaje a la costa y estábamos regresando un lunes por la mañana. El paseo fue estupendo, pero, al llegar a nuestra casa, sucedió algo perturbador. Mi vecina del segundo piso me preguntó qué había estado haciendo la noche anterior, porque se escuchaban ruidos y fuertes golpes provenientes de nuestro apartamento. Yo, muy confundida y un poco asustada, le confirmé que de ninguna manera aquellos sonidos provenían de nuestro hogar, porque nosotros no habíamos estado allí. Pero hablamos con varios vecinos y nos aseguraron que, mientras no estábamos, se escuchaban ruidos y se podían ver sombras que cruzaban de un lado a otro. Pero yo les puedo asegurar que nunca vi ni sentí nada. Tiempo después, nos mudamos a una casa que quedaba cerca de la anterior y aquel departamento fue ocupado por otros inquilinos.

Nosotros teníamos una pequeña tienda y, una tarde, una de las jóvenes que estaba viviendo en nuestro antiguo departamento fue para preguntarme si había sentido alguna presencia extraña estando allí. Yo le dije que no. La muchacha, un poco asustada, me contó que el ambiente de aquel lugar era muy pesado y aseguraba que había un fantasma, que visitaba todas las noches la habitación de su madre y la tocaba, halaba sus pies, sus manos y, al siguiente día, incluso, se levantaba con moretones. Los días pasaban y, cada vez que iba a la tienda, ella me contaba lo que le sucedía noche tras noche a su madre e, incluso, a sus dos hijas. Le recomendé sahumar la casa y regar agua bendita por todos lados. Pero esto no surtió efecto, porque el espectro seguía molestándolas.



Una noche, la señora había comenzado a gritar muy asustada y su yerno entró apresuradamente al cuarto para ver qué pasaba. Al llegar al umbral de la puerta, sintió un aire muy pesado y su cuerpo se estremeció. Sin embargo, sacó valor y retó a aquel espíritu a pelear. Lanzó golpes e insultos al aire, él aseguraba que sentía que cada uno de los golpes eran recibidos por algo invisible, que también proporcionaba golpes. De pronto, todo había quedado en silencio; pero, al otro día, el joven se sentía muy adolorido, tenía moretones por todo el cuerpo y solo quería vomitar.

Mi vecina ya no sabía qué hacer y estaba muy preocupada, así que decidió buscar otro departamento para mudarse. Yo recordé que era muy bueno poner sal en las puertas, para que los espíritus no pudieran entrar, entonces se lo recomendé. Ella siguió mi consejo al pie de la letra: colocó en la puerta un poco de sal y un recipiente con agua bendita, y esa noche no escucharon ni sintieron absolutamente nada.

Al día siguiente, la vecina del segundo piso fue a comprar en mi tienda. Me contó que la noche anterior su hermano estaba muy enfermo y se había levantado al baño. Al retornar a su habitación, el joven alcanzó a ver en el pasillo del tercer piso una sombra negra, de gran tamaño, similar a la de un hombre, moviéndose de manera desesperada y que no podía ingresar a la casa. A la mañana siguiente, los vecinos del tercer piso habían empacado sus cosas y abandonado el apartamento.

Jamás supimos sobre el espectro ni qué quería de esa familia, pero en lo que a mí concierne, nunca nos hizo nada. De algo estoy segura: los espíritus existen y están entre nosotros. En los diferentes lugares que he vivido, he sentido presencias extrañas y he visto cosas inexplicables, pero esas serán historias para otro día.

**JACKSON ROBERTO HOLGUÍN**
nació en Tonchigüe, Esmeraldas, en 1986. Trabaja en la Unidad Educativa Atacames. Su actividad favorita es jugar fútbol.

# El misterio del lago

Me encontraba de vacaciones en la Amazonía ecuatoriana, en Napo, disfrutando de un café en un día nublado, a la orilla del lago La Boa. Observaba a un hombre de aspecto rústico, de unos sesenta años, que estaba pescando; lo había seguido con la mirada desde que se embarcó en su pequeño bote y pude ver que tenía unos cuatro pescados de tamaño mediano. Como a las 6:45 de la noche, una espesa nube empezó a cubrirlo y el hombre encendió su lámpara y se acercó a la orilla, donde los peces comen cuando cae el sol.

Al levantar la mirada, después de abrigarse, ambos vimos a aquel ser de cabello oxidado que se zambullía en las aguas, sin hacer ruido, como queriendo pasar desapercibido por los peces. El extraño ser juntó los brazos al cuerpo y se dejó ir hacia el fondo del lago cristalino, sin manotear. Desde la pequeña loma en la que me encontraba, la luz de la lámpara y la claridad del agua dejaba ver cómo caminaba pisando el fondo. Después de unos minutos, rebalsó en la otra orilla, con un pez enorme que duplicaba el tamaño de los que el hombre tenía en su canasto. La cercanía de la lámpara encandilaba el rostro del pescador, quien no podía divisar lo que acontecía a su alrededor. Arrugó las cejas, se levantó y tomó su caña de pescar en la mano derecha, puso la otra en su frente para contrarrestar la luz que no le permitía ver al ser que inquietaba su faena. Mientras tanto, yo sostenía la tasa de café, que ya estaba fría y seguía casi llena, porque la escena era intrigante. Lo vi tender sus trapos a secar en una rama, sin dejar notar su rostro ni sexo, pero noté que temblaba de frío.

Corría un ligero aire apesadumbrado y, por segunda vez, se lanzó e hizo un ruido estrepitoso; movió el pequeño bote del pescador al golpear su cuerpo contra el agua. Salpicó tanto que la lámpara de aquel bote dejó de iluminar. Se notaba desesperación en aquel anciano, tanto que su cuerpo se estremecía del terror. Desde arriba, traté de alertarlo de que el ser se estaba acercando hacia la canoa; podía ver una sombra en el fondo del lago. Pero el miedo y la angustia del pobre señor eran tales que no me veía ni oía mis gritos.

La noche ubicó una espesa nube sobre el lago, que no me permitía ver nada. De repente, escuché un grito desgarrador, que me puso la piel de gallina. Corrí desesperado a la cabaña, que estaba a pocos metros del lago, tomé el fusil, lo cargué y le dije a mi esposa que tomara a los niños y me esperara con la camioneta encendida.



Me dirigía al lago cuando una claridad asombrosa me detuvo, como advirtiéndome de algo, al voltear a ver la camioneta, vi que iluminaba el camino por donde yo caminaba. Por otro lado, una sombra se apresuraba hacia mi familia, entonces regresé a toda prisa y grité «¡Arranca...!». Me subí al balde de la camioneta y disparé ciegamente a la sombra, que se disipaba mientras nos alejábamos de la cabaña.

Después de varias averiguaciones, me enteré de que se realizaban prácticas satánicas en aquel lugar alejado de la ciudad. Hice memoria y recordé la extraña luz de luna que iluminaba insistentemente el bote del anciano por debajo; concluí que era la misma que me advirtió dónde estaba la camioneta con mi familia. Hoy creo que aquel pescador, un ángel o quizás esa luz, fueron los que me advirtieron que me marchara de aquel lugar. Desde entonces, sigo investigando los posibles acontecimientos que se pudieran haber dado a las orillas de ese lago.




**ERIKA JESSENIA GAVILANES**
nació en Toacazo, Cotopaxi, en 1997. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Mejía Lequerica. Su actividad favorita es la lectura.

# La niña María

Había una señora que tenía una casa en la mitad del bosque. La cabaña la había heredado de sus padres cuando ellos murieron. Una noche, escuchó un ruido en la puerta de su cuarto. Ella salió a ver quién era, pero no había nadie. Cada noche a las doce, sonaban esos misteriosos ruidos, entonces, decidió vender la vivienda y puso en el pueblo el aviso de venta.

Un día, llegó un turista al pueblo a preguntar si alguien vendía o arrendaba una casa. La señora de la tienda le dijo que ella sabía



de una cabaña en venta, que estaba en medio del bosque. El señor entusiasmado se contactó con la dueña de la casa y, después de negociar, compró el lindo lugar.

Pronto, se fue a vivir allá sin saber nada sobre los ruidos y, por un tiempo, vivió muy tranquilo. De pronto, una noche a las doce, escuchó que alguien tocaba la puerta de su cuarto. Cuando salió, encontró a una niña con un vestido blanco, tapada con un velo; entonces le preguntó: "¿Qué deseas a esta hora?". Ella solo le pidió un vaso de agua. Él le preguntó cómo se llamaba, pero la pequeña no respondió. La siguiente noche, pasó exactamente lo mismo, pero al ver que la niña no respondía, el señor se empezó a preocupar. Llamó a la señora que le había vendido la cabaña, para preguntarle si alguien más vivía allí o si sabía algo de aquella niña. La señora tuvo que contarle la verdad y el turista, al escuchar el relato, ya no quería vivir más allí.

Esa noche, nuevamente tocaron la puerta. El turista pronto salió con el vaso de agua ya listo y de nuevo le preguntó el nombre a la pequeña. Ella levantó el velo y le dijo: “María”. El señor, al ver su rostro diabólico, murió.

**JEAN SEBASTIÁN LUNA**
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Capitán Edmundo Chiriboga. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

# Una noche con el diablo

Una noche, la energía eléctrica de mi barrio se fue por un accidente de tránsito y mi familia tuvo que dejar sus actividades cotidianas para reunirse alrededor de la única vela encendida en la casa. Nadie tenía idea de que un molesto apagón nos daría un momento especial en familia. Entonces, mis padres empezaron a contar historias sobre mis abuelos, mis tíos y ellos mismos, algunas de aventuras, de travesuras y otras de terror. Pero, de todas, hay una en especial que quiero compartir.

Mi papá tenía un grupo de amigos, casi todos de la misma edad, a quienes les gustaba la aventura. Un día, uno de ellos llegó emocionado a contar que, durante un viaje, había conocido un paraje hermoso, con un pasto ideal para acampar, que se encontraba camino a El Altar. Era un recorrido largo y debían ir en bus, jalando dedo y caminando; como el asunto sonaba difícil, ninguno dudó en aceptar el reto. Claro que todos mintieron a sus padres y dijeron que iban a ir a la hacienda de un amigo. Durante toda la semana, reunieron los implementos necesarios para el viaje: carpa, bolsas de dormir, petromax, enlatados y galletas; tampoco consiguieron más, porque se suponía que en la hacienda habría comida.

Salieron el sábado por la mañana, lo más temprano que pudieron. El viaje en bus no tuvo contratiempos; sin embargo, el asunto se puso difícil cuando tuvieron que viajar a dedo, pues no se dieron cuenta de que por esa carretera casi no pasaban carros. Así, llegaron a su destino mucho más tarde de lo que esperaban. A pesar de que estaban enojados, cansados y con hambre, tuvieron que armar la carpa rápidamente, porque empezaba a oscurecer. Armado el campamento, las cosas se pusieron peor, porque ya no tenían comida, las galletas y el atún se los habían comido durante el trayecto. Entonces, encendieron una fogata y comenzaron a contar historias de terror para olvidarse del hambre. Uno tras otro contó su mejor historia: el duende, la dama tapada, la llorona, la caja ronca, la mano peluda y, aunque no lo admitían, todos estaban muertos de miedo. Para colmo, esa noche no había luna, se encontraban totalmente a oscuras, apenas con la luz de la fogata. De pronto, uno de los muchachos fijó la mirada, señaló con el dedo y, con un rostro de terror y la voz ahogada, dijo: "¡el diablo!". Naturalmente, nadie le creyó, todos pensaron que era una treta para hacerlos asustar; pero la cosa se puso seria cuando se escuchó como si alguien se acercara desde esa dirección. Cuando regresaron a ver, se encontraron con



unos ojos rojos brillantes, rodeados de una especie de neblina. Todos sintieron que sus cerebros comenzaron a latir y gritaron al unísono: "¡el diablo!". El terror invadía cada parte de su cuerpo y, por instinto, solo pudieron correr con todas sus fuerzas. Mientras escapaban, escucharon claramente cómo el demonio destruía el campamento. De pronto, la tierra se abrió y todos pensaron que caían al infierno, pero, en realidad y para su suerte, terminaron en una zanja medio profunda. Decidieron quedarse allí escondidos, pidiendo a Dios, la virgen y los ángeles que el diablo no los encontrara. Enseguida, todos empezaron a contar lo que alcanzaron a ver, uno vio dos pezuñas enormes, otro vio unos cachos incandescentes y otro juraba que el demonio lo había golpeado con el rabo, por eso estaba seguro de que se lo llevaría a él primero.

Mi papá encontró un palo y se aferró a él como si su vida dependiera de ello; de hecho, estaba dispuesto a enfrentarse a palo limpio con lo que fuera. Como medida de precaución,

también pasó toda la noche diciendo malas palabras, porque había escuchado de su abuela que, si se repetía muchas veces palabrotas, los malos espíritus se iban.

Después de una noche infernal, con miedo, frío, hambre y sin dormir, los rayos de sol comenzaron a aparecer y, con ellos, el valor. Decidieron salir de la zanja y regresar al campamento; el humo de la fogata estaba a punto de desaparecer, la carpa estaba destrozada y las cosas regadas por todas partes. Se estaban acercando cuando vieron un bulto grande y negro, en ese momento, entendieron todo: el hermoso paraje para acampar pertenecía a una hacienda de crianza y el demonio que los había aterrorizado en la noche era un enorme toro de lidia, que afortunadamente se entretuvo destruyendo la carpa y no hizo daño a los adolescentes imprudentes.

Los dueños de la hacienda llegaron y los chicos pensaron que les iban a reclamar, pero notaron en sus rostros mucha preocupación. Los señores les hablaron de lo afortunados que habían sido, porque ese toro era uno de los más grandes y salvajes. Los invitaron a desayunar y, luego, los llevaron de regreso a Riobamba en el balde de una camioneta. Y así terminó la aventura más aterradora e imprudente de mi papá y sus amigos del barrio.

**VÍCTOR MANUEL BURGOS**
nació en Naranjito, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Su actividad favorita es leer.

# El espejo

Acababa de mudarme a aquella casa vieja que mis padres habían comprado. En aquel entonces, yo era solo un pequeño de nueve años, que no tenía ni idea del aterrador suceso que estaba por vivir.

Todo empezó la primera noche cuando me acosté a dormir. Eran cerca de las once y generalmente mis padres no me dejaban quedarme hasta esa hora; pero aquel día, tan grande fue la emoción que todo fue válido, en fin... No tardé en quedarme dormido y caer en una horrible pesadilla. Recuerdo haber visto un pasillo oscurísimo y, al final, una puerta iluminada por un candil.

Caminé en tal oscuridad y abrí aquella puerta de madera. Vi una serie de diez espejos (todos iguales) y, al momento de acercarme, se destrozaron en mil pedazos haciendo un horrible rechinido que me partió los oídos. Entre los ecos de la ruptura, escuché lamentos de niños, que desgarraron mi alma al sentir el sufrimiento de los inocentes.

De un salto, rompí aquella aterradora imagen que mis ojos vieron y me caí de la cama. Al sentirme despierto y vivo, suspiré tan fuerte que el sudor helado que recorría mi nuca fue secándose, mientras lloraba amargamente por aquel aterrador sueño. Pero pronto convencí a mi joven alma de ignorar todo lo que imaginé; entre pensamiento y pensamiento, me quedé despierto por temor a aquello que vi, porque, aunque sabía que no era real, me acongojó.

Muy temprano en la mañana, mis padres me llamaron a desayunar como era costumbre. Con los párpados pesados y de muy mala gana, bajé a comer. Cerca de las once, ellos salieron de la casa, no recuerdo por qué, y me dejaron solo allí, en esa enorme casa. Aún aterrado, pero emocionado por la idea, acepté quedarme y prometí responsabilidad.

Después de que se fueron, decidí olvidar el espantoso sueño y recorrer la casa, que el día anterior no pude conocer bien. Lo primero que hice fue ir al balcón para ver el enorme patio, que pronto sería testigo de mis inolvidables juegos de fútbol y de tantas aventuras que viviría con mi padre. Luego, subí al viejo desván en donde no duré mucho antes de darme por vencido a causa del temor. Rápidamente, bajé al primer piso y sentía tanta emoción que olvidé que necesitaba ir al baño; entonces, sin demorar corrí hasta él.

Aliviado ya, encontré un pequeño pasillo que el día anterior había visto, pero no le di importancia. Al fondo, había una puerta iluminada por una bombilla, la cual llevaba al viejo sótano del que me había hablado mi padre. Pero al ver aquella puerta, mi corazón se



aterró por aquel espantoso sueño… empezó a latir muy fuerte, casi como si advirtiera una extraña presencia. En un acto de inocencia, digno de un niño, volteé a ver porque sentía que alguien me observara. Con un fuerte suspiro y el sudor helado recorriéndome la frente, caminé lentamente, sintiéndome observado por mil ojos. Al abrir con timidez la puerta, no pude ver nada más que oscuridad y deslicé mi mano por la pared, buscando el interruptor. No tardé nada en encontrarlo, pero al encender la luz se oyó el sonido de un vidrio haciéndose trizas en el piso. En aquel instante, corrí despavoridamente y salí al portal, en el que horas más tarde mis padres se aterrarían al encontrarme llorando en posición fetal. Cuando me preguntaron qué había sucedido, decidí callar, porque aquel día fue un espantoso juego para mi joven corazón.

Ya en la noche, mi madre me llamó a merendar, pero yo no tenía apetito, estaba aterrado y me sentía acosado por mis

pensamientos. La dulce voz de mi padre llamó a la puerta de mi habitación, entonces sequé enseguida mis lágrimas. Cuando entró, notó que estaba triste y no me quedó más que contarle lo que sucedió. Entonces, con una sonrisa en su rostro, me prometió que iríamos juntos a ese sótano a la mañana siguiente y me convenció para que bajara a comer.

Ya acostado en mi cama y cansado por todo, no tardé en quedarme dormido… Nuevamente, me encontré sumido en una oscuridad terrible y oí gritos desesperados de niños de los que no podía escapar. A lo lejos, vi un espejo grande, casi del tamaño de una puerta, en el que se reflejaba una figura obscura y aterradora. Entonces, de un salto me desperté y lo primero que hice fue ver mi viejo reloj de pared, que marcaba las 2:02 a.m. Decidido, tomé mi chaqueta de colores y a "Luisito", mi peluche favorito, en la mano derecha; y en la otra, una pequeña Biblia que tenía siempre en mi cuarto. Harto de todo, me armé de valor para poner fin a la situación. Bajé a ese sótano apurado, sin que mis padres me oyeran, y atravesé el pasillo hasta llegar a aquel portón que llevaba a la habitación macabra. Muerto de pánico, encendí el interruptor y, para sorpresa mía, no hallé nada más que una habitación con enormes cajas llenas de juguetes viejos, que probablemente pertenecían al anterior dueño. Caminé lentamente por el salón, con el alma en un hilo; a lo lejos, en un rincón, había una enorme sábana que cubría algo. Al verla, regresaron todos esos pensamientos que me mortificaban, entonces, corrí hacia ella y, con la fuerza de mis pequeñas y débiles manos, jalé para revelar el aterrador y horrible misterio que ocultaba. Enseguida mi alma se paralizó al ver ¡un enorme espejo! Mi llanto cubrió mi rostro cuando vi reflejada la figura de un pequeño, cuya chaqueta colorida estaba manchada con sangre y parecía haber estado llorando sangre. Pero lo peor fue que, detrás de él, estaba una

abominable figura de un hombre alto y delgado, con una sonrisa diabólica y de enormes garras. Paralizado del terror, sentí un aire helado recorriendo mi nuca, entonces, giré mi cabeza lentamente con los ojos muy cerrados y, al abrirlos, ¡ahí estaba él!




**MARÍA EUGENIA TORRES**
trabaja en la Unidad Educativa Luis Cordero.

# La bota proterva de Navidad

Cuenta la historia un hecho macabro y tenebroso, que causaba espanto en la Hacienda de Las Juntas, en la parroquia de San Pablo de Guarainag. En aquel lugar, en las noches y los amaneceres, azotan vientos huracanados, con sonidos sobrenaturales que hacen tiritar al más valiente de los mortales. El pueblo está lleno de misterios, en las noches acecha un silencio absoluto, en la madrugada se oye el tropel de los caballos y uno



que otro quejido moribundo aterrador. Se dice también que, por esos lugares, andan los duendes, el cura sin cabeza, la calavera blanca, el ataúd viviente, la gata negra y se conocen episodios que llenan de terror a las familias. Asimismo, Mamá Polo cuenta que, en las noches, entre chiste y chiste, suelen aparecer damas que dan alaridos espantosos. ¡Se dice que son las sombras que acechan a las mujeres bellas!

Domitila, joven dotada de encantos mágicos, con su cabellera rubia y rizada, vivía con su madre y sus hermanos en este pequeño pueblo, y fue escogida por las maléficas sombras debido a su belleza. Pero Domitila, como no conocía el miedo, estaba muy feliz una Navidad, adornó el árbol y una hermosa bota de lana. Por la noche, cuando ella y su madre dormían profundamente, oyeron un sonido macabro, justo donde estaba el árbol. Luego de pocos segundos, nuevamente se escuchó aquel ruido y, cuando

bajaron a ver qué sucedía, encontraron una bota enorme. Lo que no sabían era que la bota había sido maldecida por la bruja Constantina, muy temida por el pueblo.

En la Noche Buena, en la casa de Domitila, se divisaba una luz misteriosa que venía de la bota proterva, que estaba colgada en el árbol. Nada de esto le sorprendía a Domitila, porque ella tenía un ángel protector, su padre que había muerto. La bota estaba llena de maldiciones, llevaba un profundo resentimiento que venía de siglos atrás.

Domitila, muy valiente, decidió acabar con el hechizo y abrirla. ¡Oh, sorpresa! Encontró una serpiente gigantesca con una lengua llena de veneno, odio e injuria. Sin piedad, la echó fuera de la casa, emanando palabras mágicas que provocaron quemaduras en la bota hasta que desapareció.

De inmediato, el cielo se iluminó, el crepúsculo sombrío se volvió multicolor, trinaron las aves, los campos se volvieron verdes. Entonces, el pueblo volvió a la calma. Domitila encontró una bota, de cuyo interior salían regalos, y una nota que decía: “Feliz Navidad para todos los niños de este pueblo. Se acabó la maldición”.

**JHÁCOMO FERNANDO SANTÍN** nació en Zamora, Zamora Chinchipe, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Francisco de Asís. Su actividad favorita es leer.

# Once

Son las 2:28 de la madrugada, la fría cerámica toca mis pies, el viento gélido acaricia mi rostro y el miedo recorre mi cuerpo; tengo los nervios de punta mientras miles de ideas brotan en mi mente. No he podido conciliar el sueño desde hace más de una semana: primero, mis zapatos, luego, Boomer y, ahora, ¡esto! Ya no puedo seguir así. Al principio, creía que solo era mi mala suerte, pero, conforme empeoraron las cosas, me di cuenta de que era más que eso. Llegué a pensar que mis amigos me estaban jugando una broma de muy mal gusto, pero ya no sé qué pensar, se me están acabando las explicaciones racionales.

Exactamente, hace ocho días iniciaron los sucesos. Hoy, ya no recuerdo con precisión todo lo que hice aquel lunes, 20 de octubre. Quizás, molesté a la persona equivocada o el karma me castiga por alguna de mis acciones pasadas, o simplemente algo me siguió por el camino de regreso a casa.

**Noche 1**

Llegué a casa alrededor de las 7:00 p.m. Atravesé el patio de enfrente con la tenue luz de la puerta principal, como de costumbre. Pasé por la pequeña reja, subí las escaleras y entré en mi departamento. Junto a la puerta, estaba Boomer dormido plácidamente sobre un par de zapatos. Decidí no molestarlo e intenté abrir la puerta lo más silenciosamente posible; a pesar de mis esfuerzos, Boomer despertó y no demoró en moverme la cola.

La noche transcurrió con cierto grado de normalidad. A las 11:30 p.m., decidí ir a la cama. Revisé que todo estuviera listo para el día siguiente, pero no logré encontrar el pan que había comprado en la tarde. Asumí que lo había olvidado en la misma tienda o que se había caído de mi bolsa en la universidad. No me importó mucho, de igual manera podía comer algo en la cafetería por la mañana, así que me metí bajo las sábanas y cerré los ojos.

**Noche 2**

Llegué al departamento a la misma hora que ayer. Llovía incesantemente y las sombras envolvían el exterior. Al subir, me percaté que Boomer estaba durmiendo en el primer piso; algo raro, ya que siempre lo hace junto a mi puerta o sobre mis zapatos recién lavados.

Como sea, hoy, al levantarme de la cama, encontré el papel del baño en el piso, al igual que mi desodorante y una cuchara. No sé cómo llegaron allí, pero tenía tantas cosas en mente que no presté atención.



Alrededor de las 10:00 p.m., mientras hacía un deber y tecleaba las tediosas respuestas, escuché a Boomer raspando mi puerta. El sonido de sus garras contra la madera casi quedó ahogado por el potente aguacero. Vi a través de la ventana y encontré al perro mirando hacia el oscuro patio. Aunque mis ojos no podían penetrar las tinieblas, supe que estaba observando a otro animal; quizás un gato negro o una rata desafortunada, de cualquier manera, abrí la puerta y acaricié su cabeza para calmarlo.

Más tarde, mientras intentaba dormir, podía ver sombras del exterior que se movían en las cortinas, las ramas del árbol de al lado e, incluso, me pareció ver un ave.

**Noche 3**

Hoy, como de costumbre, mientras preparaba una cena lo más rápida y ligera posible, el gas se acabó y tuve que improvisar un arroz con mayonesa. ¡Muy nutritivo! Hacía más frío que lo usual.

Extrañamente, desde la mañana, cada vez que abandono este departamento, me siento observado, como si alguien estuviese siguiéndome a todos lados. Supongo que es mi imaginación, aunque durante el almuerzo, me pareció ver a alguien mirándome desde la entrada del restaurante.

Por las tareas, hoy me iré a dormir a la 1:05 de la madrugada. Pero, me siento inquieto, porque desde hace una hora he escuchado sonidos que vienen desde la calle. Esta situación ya empezó a preocuparme.

**Noche 4**

Boomer cruzó la línea. Al llegar, encontré uno de mis zapatos completamente mordido y despedazado. Acabo de hablar con su dueña, Martha, una mujer vieja y amargada, que de mala gana escuchó mi queja y dijo que mantendría a su perro alejado de mis "pezuñas". De cualquier manera, no volveré a dejar mis cosas fuera del departamento.

En cuanto a la otra situación, hoy no sucedió nada fuera de lo normal, ni afuera ni aquí, salvo por los sonidos. Cada vez se escuchan más cerca, como si aquella cosa que los produce estuviese en el pórtico. Aquel antinatural ruido se asemeja a un maullido, pero ronco, como si estuviese mezclado con una respiración lenta y profunda, como un jadeo de un animal grande, pero en tono bajo.

La hora de dormir varía, pero aquellos ruidos me ponen los pelos de punta. Quizá salga a revisar más tarde o quizás solo escuche música para dormir.

**Noche 5**

Boomer está atado a uno de los arbustos del patio. Tiene una herida pequeña en la oreja, al parecer, tuvo una pelea con un perro de la calle cuando salió en la tarde. No lo sé, porque no estuve

todo el día. Esta noche he decidido que, si escucho los sonidos de nuevo, iré a revisar o miraré desde el balcón con una linterna que encontré en el armario.

Pasaron las horas y no sonó nada, solo las patas de un gato en el tejado, como si estuviera merodeando, de un lado a otro. Creo que es aquel gato obeso de los vecinos, ya que sus pisadas son demasiado fuertes y pesadas para tratarse de un gato flácido de la calle. Ya casi es hora de dormir y nada extraño sucedió, así que iré tranquilo a meterme bajo las sábanas.

**Noche 6**

Nuevamente, la lluvia cubre la ciudad y los vientos azotan los tejados. Hoy entré corriendo a la casa, pues las gotas de agua caían a más no poder; un día de estos tengo que comprar un paraguas. Hoy encontré frente a mi puerta un pedazo del zapato que había sido destruido, enseguida pensé que Boomer había vuelto a subir. Sin más, entré al departamento y preparé la cena.

Alrededor de las 11:00 p.m., Boomer empezó a dar arañazos a mi puerta, como si quisiera entrar desesperadamente. Yo estaba en la ducha, así que no pude detenerlo. Siguió así por unos tres minutos y se detuvo. Cuando al fin salí del cuarto de baño y observé por la ventana, me encontré con los ojos de Boomer viéndome desde el patio, en medio de la oscuridad, brillaban con un tono verdoso por la luz que salía por mi ventana. Solo lo contemplé por un momento y luego me fui a cambiar.

Mañana hablaré con la señora Martha de nuevo, porque Boomer dejó bien marcadas sus garras en la madera.

**Noche 7**

Hoy mi corazón casi se detuvo cuando fui a hablar con la señora Martha. Cuando le hablé de anoche, soltó una carcajada y me dijo que había enviado a Boomer a casa de su madre el día anterior. Me

acusó de mentiroso y me retiré pensando en que si no fue Boomer quien rasguñaba mi puerta, ¿entonces quién fue?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando el infernal sonido de hace días apareció de nuevo, justo cuando me encontraba entrando al departamento. Volteé a ver el patio y allí estaba, una figura encorvada, que se alejó rápidamente, mientras la oscuridad lo engullía. Alcancé a ver que su piel tenía un tono grisáceo. Sin duda, su lamento bastó para despertar a todas las personas de la casa.

Mi rostro quedó pálido y sudor frío escurría por mi frente. Ciertamente, pude haber imaginado a esa cosa, pero los ruidos sí que eran reales. Las personas que también se habían percatado de esto hace unos días, hablaban de que sería mejor abandonar aquella vieja casa, alejada de las demás, perdida en el monte. Yo no podría pagar otro departamento, así que solo me queda creer que fue producto de mi imaginación. Me recosté en la cama e intenté hacer mi mayor esfuerzo para dormir, aunque ya es difícil desde hace días.

**Noche 8**

No puedo, simplemente no soy capaz de conciliar el sueño. Estoy despierto desde hace cuatro horas y, a pesar de que mis párpados se sienten pesados, mis nervios no me dejan cerrar los ojos. Son las 2:00 de la madrugada y los sonidos se escuchan más cerca. Tengo miedo de abrir las persianas y encontrarme con aquel rostro pálido al otro lado del cristal. Estoy sentado junto a la puerta, dentro del departamento; pasan los minutos y no sucede nada.

Pero, de la nada, empiezan a tocar a mi puerta. Una… Dos… Tres… Un escalofrío recorre mi piel. Cuatro… Cinco… Seis… El miedo invade mi mente. Siete… Ocho… Nueve… Mi corazón se acelera incontrolablemente. Diez… Once… La puerta cede a los golpes y se empieza a abrir.

**KATHERINE JOHANNA VILLARREAL**
nació en Quito, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Diez de Agosto. Su actividad favorita es dibujar.

# Mi desgracia

Eran casi las dos de la mañana cuando desperté, un dolor insoportable invadía mi cuerpo, miré a mi lado y estaba sola, tan vacía como siempre, sin tener a nadie a quien expresar mi dolor. O, por la fuerza de ello, sería mejor decir que no tenía a nadie a quien echarle la culpa de mi desgracia. Desgracia que derrumbó mis sueños, desde crecer, tener un novio y ver a mi abuela orgullosa de mí, hasta verme anciana, profesional, con una familia genial. Pero ¡no!, siempre ocurre algo que cambia el sentido de todo, en mi caso era algo que apareció en mí de la

nada, algo que me causaba dolor y muchos cambios en lo físico y en lo moral.

Siempre que quería hacer algo, por más peligroso que fuera, a mis padres les daba igual si lo hacía o no, y muy rara vez me decían que cuidara mi salud. ¡Ja!, según ellos solo querían que yo aprendiera a ser independiente, pero la verdad era que yo no les importaba, era un error que ellos cometieron de jóvenes y siempre tenían cosas más importantes por las que debían ocuparse. Por su hija, por ejemplo, ”mi hermanita”, una niña mimada que solo llegó a este mundo a quitarme lo poco de atención que me quedaba de ellos.

Cuando terminé la escuela, me enviaron a un instituto de educación fuera de la ciudad, a lo mejor solo querían que me encontrara más lejos de ellos, y la verdad me daba igual estar cerca o lejos, porque nunca me tomaban en cuenta. Aquel tiempo lejos de casa lo consideré refrescante, ya no tenía que aguantar los gritos de mis padres, ni aguantar a mi hermana. Estuve allí cinco años y ellos me visitaban dos veces al mes, cuando no tenían nada que hacer. Durante ese tiempo me di cuenta de que algo en mí andaba mal. Un día en el instituto me sentí rara, me dolía mi seno derecho, pero no le tomé importancia, me levanté y realicé mis actividades normales de cada día en ese tonto instituto. Así pasaron los días y ese dolor se presentaba más seguido. Milena, una compañera, me sugirió que acudiera al médico del lugar pero la ignoré, yo era de las personas que no hacen nada por su salud y menos si era por un pequeño estímulo. Pero una noche me sentí peor y entonces, ahí sí, acudí al médico. Milena, que se encontraba conmigo en mi habitación, llamó a la enfermera, quien me interrogó intentando saber qué lugares de mi cuerpo me dolían tanto que habían hecho que rompiera en llanto. No me negué, hacía algún tiempo que sentía tal dolor. Le expliqué cada parte que me dolía y al comienzo todo parecía tranquilo, me recetaron pastillas para calmar mi



dolor, pero esto funcionó solo por algún tiempo. Después ¡ya no!, el dolor volvió, fui a buscar a la misma doctora; mientras ella hablaba conmigo, yo la noté algo rara, parecía preocupada y triste. Yo sabía que algo andaba mal porque los siguientes exámenes que me hicieron fueron fuera del instituto, en una clínica privada; las pastillas las cambiaron por inyecciones dolorosas que debilitaban cada vez más a mi cuerpo.

Durante esa época me sentí más sola que nunca, mis padres llevaban seis meses sin llamar o irme a visitar. Luego de una dosis que me apliqué, me sentí casi muerta del dolor y débil, así que, con algo de rabia, fui a buscar a la doctora. Ella estaba hablando por teléfono cuando entré al consultorio. Cuando ella me vio, calló. Le dije:

—Dígame qué pasa. ¿Por qué cambiaron inyecciones por pastillas? ¿Por qué el dolor aumenta más cada vez? ¿Por qué se

me cae el cabello? ¿Por qué mis padres no llaman ni me vienen a visitar? ¡Quiero irme a casa! —grité.

—Toma asiento —me dijo ella— y cálmate, por Dios —me dijo con voz trémula y triste, sabiendo que llegaría el momento de decirme lo que pasaba conmigo.

Ya era hora, allí nos encontrábamos, frente a frente, yo a punto de enterarme de mi corto y doloroso destino. Entonces dijo:

—Lo siento, tienes cáncer.

—¿Qué? ¡No puede ser! Dígame que es mentira, no me haga esto. ¡Oh, por Dios! ¿Por qué esperaron hasta ahora?

Ella me explicó todo mientras yo lloraba, me sentí sola y como si el mundo se me viniese abajo, quería morir en ese instante, y luego lo acepté, acepté que hubiese querido que mamá no me hubiera tenido. Fui a mi recámara y lloré toda la noche hasta que me dormí.

Así pasé dos años más y la verdad no sé cómo soporté tanto tiempo, sabía que estaba allí porque la doctora se hizo cargo de mí. ¡Alguien que no tenía nada que ver conmigo me ayudó! También sabía que el día de mi partida estaba cerca.

Estaba sola, hablando sola, relatando mi historia al viento, preguntándome: ¿Por qué siendo tan pequeña tenía un gran odio en mi corazón? Apenas tenía dieciséis años. ¿Por qué tuve unos padres tan desquiciados que olvidaron a su hija, aun sabiendo que ella moriría? Y de repente sentí que la paz abundaba mi ser y el dolor desaparecía, jamás volví a ver a nadie, solo empecé a descansar en paz y a olvidar mi desgracia.

**CRISTINA ESTEFANÍA MONTESDEOCA** nació en Madrid, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional La Inmaculada Concepción. Su actividad favorita es leer ciencia ficción.

# Muñeca vudú

Se dice que, hace algunas décadas, un señor caminaba ebrio por las calles de Quito. Se paró a descansar en una esquina y observó que a lo lejos venía una niña con la cabeza agachada, acompañada de una muñeca de trapo. De pronto, se quedó parada frente a él.

—Buenas noches señor, ¿podría cuidar a mi muñeca? —dijo con una sonrisa.



El hombre extrañado aceptó recibir a la muñeca y la niña desapareció. Él se dirigió a su casa y dejó la muñeca en la entrada, con la esperanza de que algún perro se la llevara. A la mañana siguiente, cuando salió al patio, vio al perro de su vecino jugando con la muñeca. El perro le estaba mordiendo la pierna a la muñeca y, al instante, comenzó a sentir un fuerte dolor en el mismo lugar. Al día siguiente, el perro despertó abrazando a la muñeca. Asimismo, el señor despertó asustado, sintiendo una fuerza en su cuello que le quitaba la respiración. Consternado, decidió no olvidar a la muñeca, porque entendió que era su representación y que si algo le pasaba a ella, también a él.

Pasó el tiempo y una noche el señor soñó con aquella niña. Ella lo llevaba hacia el filo de un barranco y, justo en ese momento, el hombre despertó. Cuando abrió sus ojos asustado, se preguntó dónde estaba. Había caminado hasta allí dormido. Entonces, escuchó la voz.

—Llegó tu hora, despídete de este mundo —le dijo la niña, que ya tenía la muñeca en sus manos.

En ese instante, la pequeña botó la muñeca hacia el barranco, por lo tanto, el destino del hombre fue el mismo. Su familia confundida por tan horrible muerte llamó a las autoridades para que investiguen, pero ellos jamás encontraron el motivo de su muerte.

**NATALIA MORELIA ZURITA**
nació en Joya de los Sachas, Orellana, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Agoyán. Su actividad favorita es escribir.

# Lucas, el hombre imaginario

Había una vez una señora que vivía en un lugar muy apartado; el pueblo más cercano quedaba a horas de allí. La señora era viuda y tenía cinco hijos bajo su responsabilidad.

Un día salió a cosechar, para hacer la comida de los niños. Mientras estaba en esa ardua tarea, un hombre se acercó a ella. La señora se atemorizó, pero cogió algo de aliento y preguntó:



—¿Quién es usted?

—Me llamo Lucas. No soy de aquí, soy de tierras muy lejanas.

Transcurrieron algunos días y el hombre hacía lo imposible para encontrarse con la viuda. Se sentía atraído por ella y siempre estaba buscándola. Poco a poco, se hicieron amigos. Un día, le preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ante semejante propuesta, ella se sintió inquieta y no supo qué responder, hasta que dijo en forma titubeante:

—No lo sé. Es una decisión difícil. Además, tengo cinco hijos y eso es mucho para cualquier hombre.

Al hombre pareció no importarle el hecho de que la matrona tuviera una familia:

—Si tú aceptas casarte conmigo, yo te voy a dar todo lo que necesites, nunca más sufrirás, porque tu vida y la de tu familia cambiará.

La señora se encontraba en una situación complicada, porque a veces no tenía qué darles de comer a sus hijos; entonces, aceptó la propuesta. “No importa —pensó— llegaré a quererlo”.

En efecto, sus vidas cambiaron. En casa, ya no faltaba el alimento. El hombre cumplió con la promesa de que todo iba a ser mejor.

Después de algún tiempo, la viuda quedó embarazada. Fue un embarazo complicado y doloroso. Al ver que su esposa sufría con tantos malestares, Lucas decidió llevarla al pueblo para buscar ayuda.

Cuando al fin llegaron, ella ya no podía del dolor, entonces fue necesario preparar el quirófano del hospital más cercano para hacerle una cesárea urgente. Cuando los médicos abrieron el vientre de la mujer, se quedaron horrorizados al ver que lo que tenía dentro no era un bebé como cualquiera, sino un ser anómalo, con aspecto de mono, cola y largas uñas; estaba agarrado de las entrañas de la madre. A fin de evitarle dolor a la mujer, los doctores decidieron cortar al ser y extraerlo pedazo a pedazo, pero ella no soportó y falleció.

Los médicos inquietos quisieron hablar con Lucas, pero él no estaba. Las enfermeras dijeron que la mujer había llegado sola, pero al parecer conversaba con alguien que no podían ver.

Un hermano de la señora recogió los cadáveres de su hermana y su sobrino; los envolvió en hojas de bijao y los arrojó a un río cercano. La mujer se iba hundiendo, poco a poco; mientras, en la superficie, el engendro iba tomando de nuevo su diabólica forma. Cuando terminó de armarse todo su cuerpo, se alejó del lugar emitiendo lo que parecía una risa. Al ver esto, el hombre asustado corrió a la casa de su hermana y descubrió que los niños habían muerto. Minutos después, murió él también.

**WASHINGTON ROMERO**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ciudad de Alausí.

# El síndrome

Damon era un hombre joven, que tenía la vida hecha. Era tranquilo y no tenía grandes ambiciones. Cada mañana se despertaba y seguía la misma rutina, estaba acostumbrado a hacer siempre lo mismo y no le importaba mucho la monotonía. Un día algo diferente ocurrió, se despertó más temprano de lo usual, en la madrugada, sudando y bastante agitado. No tenía idea por qué, no había tenido preocupaciones y mucho menos una pesadilla. Ya despierto, decidió aprovechar para comer algo y adelantar su trabajo. Estaba en eso, cuando una extraña sensación invadió

su cuerpo llenándolo de un frío que lo recorrió por completo. De repente, escuchó afuera un sonido ensordecedor; salió a ver de qué se trataba y, mientras abría la puerta, oyó unos quejidos violentos. Pudo observar en la oscuridad que había alguien en el suelo, lleno de sangre y casi sin poder hablar. Quiso acercarse para ayudarlo, pero se percató de que había alguien de pie junto al hombre; estaba vestido de negro y llevaba una máscara blanca de conejo, tenía rasgos extraños que la hacían grotesca y aterradora.

Damon, lleno de miedo, se quedó inmóvil en la acera de su casa. El extraño sujeto de la máscara se acercó de una manera muy poco común, caminando de lado a lado, con los brazos caídos y muy sueltos. De pronto, la vista de Damon se empezó a opacar, hasta que no pudo ver nada y, cuando abrió los ojos, se encontraba en un lugar grande, blanco y que parecía muy limpio. Estaba atado a una mesa y unas fuertes luces le apuntaban directamente a la cara; casi no podía moverse. Escuchó pasos acercándose a él y pudo ver la horrible máscara de conejo; llevaba objetos extraños en las manos, parecían muy complejos. Damon estaba aterrado, quería liberarse, pero no encontraba la forma de hacerlo. El sujeto de la máscara se paró junto a él y empezó a cortarle el vientre. Damon gritó hasta perder la voz y el dolor era insoportable. El sujeto continuó y no parecía tener intenciones de detenerse. Hizo cortes también en sus brazos y piernas, era una despiadada tortura. En ese punto, Damon solo deseaba la muerte, pero por algún motivo seguía vivo y consciente de todo. Se resignó a soportar el terrible sufrimiento. De pronto, el sujeto se detuvo y Damon estaba en estado de *shock*. Aunque sus heridas seguían abiertas y sangrando en exceso, el dolor se detuvo y su vista empezó a oscurecerse de nuevo; entonces, cerró los ojos lentamente esperando que fuera el fin.

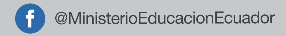
Despertó de golpe, sudando y muy agitado. Estaba en su casa, en su habitación, y su corazón no paraba de latir. Aún sentía

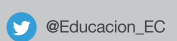


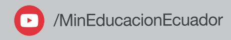
miedo y estaba temblando, no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Salió corriendo a la calle, pero no encontró nada. Entró muy angustiado a su habitación, mientras pensaba que todo había sido una pesadilla. Entonces, encontró sobre la cama la máscara de conejo… Una extraña sensación inundó su ser y una sonrisa apareció en su rostro. Empezó a reírse a carcajadas, se puso la máscara y sus ojos se llenaron de sed de sangre.




Al leer este libro sentirás una de las emociones humanas más intensas: el terror. Demonios, espíritus, fantasmas, pesadillas, casas embrujadas y la muerte pueblan sus páginas. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás alguna coincida con la tuya.















**Dirección:** Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
**Teléfono:** 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
**www.educacion.gob.ec**